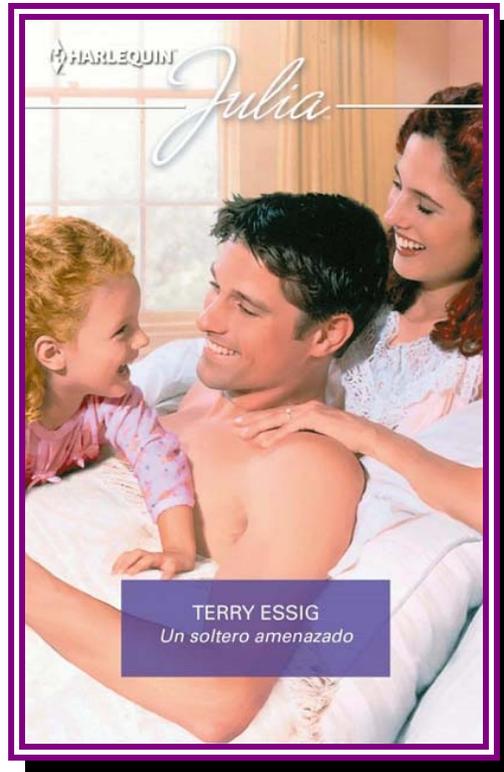


Un soltero amenazado

Terry Essig



Un soltero amenazado (2003)

Título Original: The baby magnet (2000)

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Julia 1396

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Luke DeForest y Marie DeForest

Argumento:

Mis problemas con las mujeres...

Al soltero Luke DeForest le gustaban las mujeres cariñosas, divertidas y con curvas, pero se encontró con algo que no había deseado. La nueva mujer de su vida era gritona, gordita y gateaba, en definitiva, la pequeña Carolyn era más de lo que cualquier hombre soltero podía soportar.

A pesar de no saber nada de pañales y biberones, Luke prometió cuidar a la pequeña huérfana, pero iba a necesitar ayuda. Fue entonces cuando se acordó de su dulce cuñada Marie. Pronto se dio cuenta de que la bella viuda era la respuesta a todas sus plegarias... excepto la de seguir soltero.

NOTA: Reeditado por Harlequin Ibérica en la colección Omnibus temático nº 24

Capítulo 1

– Muy bien, te lo voy a volver a explicar antes de que lo hagas.

– ¿Te importaría dejar de tratarme como a un niño pequeño?

– No te estoy tratando como a un niño pequeño. Nunca dejaría que un niño pequeño condujera mi coche, eso te lo aseguro. Salir de un aparcamiento puede ser difícil. Si tuerces el volante demasiado deprisa podrías darte con el coche de al lado. Tienes que dar marcha atrás despacio...

El tío Jason puso los ojos en blanco ante las explicaciones de su sobrina Marie Ferguson. A pesar de ser nueve años más joven que ella, era su tío.

– Sé hacerlo perfectamente, Marie. Lo he hecho mil veces.

– Hace solo un mes que tienes el permiso, así que dudo mucho que lo hayas hecho un millón de veces... ¡Cuidado! ¡No! ¡Dios mío! ¡Has salido sin mirar y le has dado a alguien!

Jason golpeó el volante y se puso a la defensiva, como todos los adolescentes del mundo, listo para echarle la culpa a cualquiera.

– ¿Qué culpa tengo yo de que papá tenga un coche tan grande? Ya te dije que lo convencieras para que se deshiciera de él. Es un dinosaurio.

Marie suspiró y se masajeó las sienes.

– Ya te quejarás del coche del abuelo en otro momento, ¿de acuerdo? Ahora, tienes que salir y pedirle al otro conductor los datos de su seguro – dijo abriendo la puerta del coche y saliendo –. Por favor, que no sea nadie de mal humor – añadió –. La tarde no ha hecho más que comenzar...

Forzó una amable sonrisa y fue hacia el otro conductor rezando para que fuera amable. En cuanto vio el parachoques del coche de su abuelo empotrado en el otro vehículo, supo que no iba a haber suerte.

– Madre mía – susurró pensando que iba a ser imposible que el contrario quisiera hacer un parte amistoso.

El hombre se bajó del coche. Era altísimo y de espaldas anchas, pero el sol estaba alto y no le veía la cara.

– Jason, haz el favor de salir del coche y pedir perdón inmediatamente. Suplica, ruega, prométele tu alma, lo que sea, pero haz algo.

¿Por qué no podía ser una abuelita amable y sonriente? No, tenía que ser aquel tipo enorme que no debía de saber sonreír siquiera.

Luke DeForest apretó las mandíbulas y cerró la puerta del coche con fuerza. Aquello era lo último que necesitaba aquel día. Estaba enfadado, llegaba tarde y, para colmo, aquello...

Dio un puñetazo en el maletero y observó a la pareja que iba hacia él. «Paciencia», se dijo. Ha sido un accidente. El chico no lo había hecho adrede, no había elegido aquel día aposta para destrozarle su coche nuevo.

Seguro que no había sido para tanto. Miró el vehículo de sus sueños. Sí, sí lo había sido. No se podía conducir.

Tomó aire y miró al chaval. Era realmente joven. ¿Sería que él se estaría haciendo demasiado mayor? No, imposible, solo tenía treinta y cuatro años. Aquel jovencito iba vestido de adolescente, pero tenía cara de tener diez años.

Luke miró a la mujer que lo acompañaba. Ella sí parecería tener edad legal para conducir. Era alta y delgada, pelirroja, de tez pálida y ojos azules. Se parecía increíblemente a la mujer de su hermano. La miró atentamente. ¡Pero si era ella!

—¿Marie?

Marie no se lo podía creer. No podía ser. Suspiró. No tenía suficiente con el infierno en el que se había convertido su vida como para que Jason chocara el coche del abuelo contra el de su cuñado. Estupendo.

El hermano de Wade apenas había ido a verlos después de la boda y no creía que le hiciera mucha gracia verla en aquellas circunstancias tampoco.

—¿Luke?

—Sí, soy yo.

—¿Qué haces por aquí? Creí que vivías en Michigan —dijo Marie pensando que, si se hubiera quedado allí, Jason jamás habría chocado contra él.

Jason tenía razón. El accidente no había sido culpa suya sino de Luke. Luke no vivía allí, en Elkhart, Indiana, sino muy lejos. Cuanto más lejos mejor.

Lo último que necesitaba era recordar su antigua vida en la que Luke, el guapísimo Luke, siempre la había hecho sentir como una adolescente alocadamente enamorada. Menos mal que nadie lo sabía. Jamás se lo había contado a nadie. Había conocido primero a Wade. Qué se le iba a hacer...

—¿Tiene edad suficiente para conducir? —preguntó Luke mirando a Jason—. Me voy a enfadar un poco de lo contrario.

Marie tragó saliva.

—Sí, sí —le aseguró—. Jason tiene quince años y medio. Tiene el permiso, no el carné, pero ya sabes que, mientras haya una persona con carné en el coche con él, puede conducir.

Jason, visiblemente insultado, se había apresurado a sacarse el mencionado permiso del bolsillo.

—¿Tienes seguro? —le preguntó Luke muy serio.

—Claro —contestó el adolescente volviéndose hacia Marie—. ¿Verdad?

—Verdad —asintió ella—. No te preocupes, Luke, todo está en regla —añadió acercándose y tendiéndole la mano—. ¿Cómo estás? Hacía tiempo que no te veía.

«Desde el entierro de tu hermano», añadió mentalmente.

Luke le estrechó la mano con gesto nervioso y rápido. Menos mal que no lo había abrazado. ¿Cómo había podido sentirse atraída antaño por él?

—No sé si te acordarás de mi tío, Jason Fort. Lo conociste en la boda y en el... entierro.

Luke asintió.

—No te habría reconocido —admitió—. Bueno, Jason, tenemos un pequeño problema, ¿verdad? —añadió mirando su flamante y golpeado deportivo rojo.

—Sí, señor.

—Nada que no se pueda arreglar, ¿no? —preguntó Marie.

Luke gruñó.

Eso debía de ser un sí.

—Supongo que sí —dijo al cabo de un rato mirando los daños—, pero lo voy a tener que dejar aquí. No me lo puedo llevar a Kalamazoo así.

—¿Eh?

—Espero que Jason y tú no tengáis planes para la tarde y, si los tenéis, los cambiáis. El coche se queda aquí, ya me ocuparé de él cuando volvamos.

Marie miró a su cuñado estupefacta.

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir eso? Yo solo quiero tumbarme y tomarme un par de aspirinas.

—Pues lo siento, no haber dejado a Jason al volante.

—Si hubiera sabido lo que iba a pasar, no lo habría hecho —murmuró apretando los puños.

Hombres. Estaba rodeado por ellos y la volvían loca. En cuanto su abuelo volviera del hospital y no necesitara el andador, se metería en un convento. Y aquella vez lo decía en serio.

Luke se encogió de hombros y miró el reloj. Maldición. Tenía que ser Marie. Qué guapa era aquella mujer. Siempre lo había sido. Había sido lo único que le había envidiado en su vida a su hermano, que, por lo demás, había llevado una existencia de lo más superficial. Su mujer debía de ser igual de frívola que él, así que, ¿por qué se fijaba en ella? No merecía la pena.

—Tómate las aspirinas que necesites, nos vamos en cinco minutos —anunció—. Por favor, tráeme a mí también unas cuantas. Me está entrando una migraña terrible.

—Luke, siento mucho que te duela la cabeza, pero me parece que te estás volviendo un poco loco. Sé que te hemos dado en el coche y te aseguro que ahora mismo voy a llamar al seguro, pero...

—Te quedan tres minutos —la interrumpió él—. Hay que llegar a Kalamazoo y, por cierto, voy a conducir yo.

– ¿Kalamazoo? No puedo...

– Claro que puedes. Me duele la cabeza y tengo el coche destrozado por vuestra culpa. Lo mínimo que podéis hacer es ayudarme para que llegue a tiempo a mi cita. ¡En marcha!

Marie cerró los ojos con resignación, se metió en el coche de su abuelo, lo puso en marcha y lo apartó del de Luke. Aquello era de locos.

– Quita – le dijo Luke haciéndole un gesto para que le dejara el volante.

– Muy bien, el supermacho va a conducir – se burló ella demasiado cansada como para discutir –. Todos sabemos que las mujeres conducimos fatal, ¿verdad?

– Me alegro de que lo tengas tan asumido – dijo Luke de malas pulgas –. Ponte el cinturón, por favor, que nos vamos.

– Sí, señor – gruñó Marie.

– ¿Me podríais dejar en casa al pasar por la ciudad? – preguntó Jason.

«Ni por asomo», pensó Marie. ¿Por qué tenía que ser ella la única en sufrir las consecuencias de que no supiera conducir?

– No hay tiempo – contestó Luke acelerando a toda prisa.

Al cabo de un rato, Marie tuvo que admitir que Luke conducía estupendamente, nada que ver con Wade, que conducía como un loco. Así había muerto, claro. Menos mal que aquel día no iba ella con él.

Poco a poco, Marie comenzó a relajarse. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Incluso se le estaba pasando el dolor de cabeza.

– Idiota – exclamó Luke frenando.

Al hacerlo, una bolsa que iba en el asiento trasero se cayó y Jason recogió el contenido.

– Eres un poco mayorcito para jugar con ositos de peluche, ¿no? – bromeó.

– Es para la cita.

– ¿Qué tipo de cita tienes que llevas un osito de peluche? – preguntó Marie nerviosa de nuevo –. ¿Y una mantita? – añadió girándose y viendo que Jason la estaba guardando en aquel momento –. ¿Vas al orfanato de Kalamazoo o qué?

– No, voy a recoger a mi, eh, hija – contestó sonrojándose –. Y antes tengo que hablar con los asistentes sociales.

Marie lo miró con los ojos muy abiertos. Para empezar, no sabía que tuviera hijos.

– ¿Cuántos años tiene la niña?

– Dos, creo.

¿Creo? ¿No sabía la edad que tenía su hija? Bueno, no era asunto suyo, ¿no? Ella lo único que quería era terminar con aquello cuanto antes y adiós.

¿Y por qué estaría al cuidado de los servicios sociales?

– ¿Y cómo se llama?

– Carolyn.

– Es bonito.

– No está mal.

– ¿No te gusta?

– No mucho.

– Entonces, ¿por qué se lo has puesto? – preguntó Marie sintiendo que le volvía el dolor de cabeza.

– No se lo puse yo sino su madre. A mí, nadie me dejó opinar.

La mujer debía de ser luchadora de sumo para conseguir que Luke DeForest no opinara, pero decidió no preguntar más. El día ya había sido suficientemente surrealista como para querer complicarlo más.

– ¿Qué hacemos Jason y yo mientras tú estés en la reunión?

– No lo sé. Leed algo.

– ¿Qué quieres que leamos? Por si no te acuerdas, nos has raptado en el aparcamiento del centro comercial.

– Pues pasead.

– ¿Vamos a una zona segura?

– No lo sé, no he estado nunca.

– Muy bien, estupendo. Me voy a echar una siesta. Despiértame cuando la pesadilla haya terminado – dijo cerrando los ojos y cruzando los brazos.

– Marie está un poco nerviosa últimamente – dijo Jason desde el asiento de atrás –. Tienes que aprender a ignorarla, como hago yo.

Marie no abrió los ojos, pero gruñó para dejarle claro a su tío lo que opinaba de aquel comentario.

– Tal vez no deberías ignorarla demasiado, jovencito. Sobre todo, cuando te esté dando instrucciones de cómo conducir – le recomendó Luke.

Marie estaba completamente de acuerdo.

– En cuanto a aprender a ignorarla, no va a ser necesario porque no nos vemos mucho – añadió Luke.

Marie también estaba de acuerdo con eso y rezó para que siguiera así.

Al final, se quedó dormida de verdad.

Cuando se despertó, se encontró en una calle sombreada con las ventanillas un poco bajadas para que entrara aire y estaba sola.

¿Dónde se encontraba?

Miró hacia atrás y vio a Jason con los auriculares puestos a todo volumen.

—¿Dónde está Luke?

Jason le señaló el edificio de enfrente.

—Te vas a quedar sordo, ¿lo sabes, verdad?

Jason se señaló los oídos y se encogió de hombros. Obviamente no la oía.

Marie suspiró y se giró. Menos mal que eran auriculares y no la sometía a la tortura de tener que oírlo ella también.

Marie miró el reloj. Había dormido cuarenta y cinco minutos. No era de extrañar que le doliera el cuello. Últimamente se quedaba dormida en cualquier sitio y se le había retirado el período.

Debía de ser el estrés. Por favor, que fuera el estrés.

Se desabrochó el cinturón y salió del coche. Necesitaba estirarse un poco. Se paseó por la calle arriba y abajo un buen rato hasta que oyó unos chillidos tremendos.

Debían de estar violando a un puñado de mujeres, pero, ¿dónde? Miró a su alrededor y lo único que vio fue a Luke con un bebé en brazos.

En lugar de llevarlo pegado al pecho, lo llevaba distanciado. El muy canalla no quería saber nada de su hija, que era la que estaba chillando a pleno pulmón.

—Curioso, curioso —murmuró yendo hacia él—. Ya, ya —le dijo a la pequeña acariciándole la espalda y colocándola más cerca de Luke, que puso cara de pocos amigos—. Ya está, preciosa. Estás con papá y todo va a ir bien —añadió dándole un golpe a Luke en las costillas para que dijera algo.

—¡Ay! —exclamó Luke. Aquella mujer no le había acarreado más que complicaciones desde que se la había encontrado—. ¿Qué quieres que haga? Sí, Carolyn, Marie tiene razón. Papá lo tiene todo controlado.

Eso le habría gustado a él, claro.

—Deja de llorar. Llorando no vas a conseguir cambiar nada. Si paras de llorar y lo piensas...

Marie le arrebató a la niña y la estrechó contra su pecho.

—Ven aquí, preciosa, con la tía Marie —dijo acunándola—. Ya está, ya está...

Luke puso los ojos en blanco.

—Madre mía...

Marie le dedicó una mirada bien dura.

—Tráeme la manta.

—Carolyn, deja de llorar ya. Nos estás dejando sordos. ¿Qué dices, Marie? —preguntó Luke por encima de los chillidos de la niña.

—Que me traigas la manta —repitió ella con paciencia.

—¿Para qué? Pero si está toda roja y acalorada.

—¡Tráeme la manta inmediatamente! —estalló Marie—. Todos los niños tienen una. Les calma. Tú seguramente tendrías una de pequeño. Aunque, claro, si no la tenías, ahora entiendo por qué eres así...

—Muy bien, muy bien —dijo él apartándose—, pero si tan bien se te dan los niños, ¿por qué gritas? ¿No ves que la has hecho llorar más fuerte?

Marie apretó los dientes. Le habría encantado devolverle a la niña y ver cómo se las apañaba, pero les quedaba una hora de coche de vuelta y el llanto de la pequeña le estaba empezando a poner nerviosa. Lo primero era calmarla.

—Ya, ya, preciosa. Es que, a veces, los hombres solo entienden los gritos, ¿sabes? —le dijo acariciándole la espalda—. Ya verás, cuando seas mayor, me darás la razón. Los hombres son bobos —añadió yendo hacia el coche—. Ahora te voy a presentar a un ejemplar de un grupo especialmente horrible, el Homo Sapiens Adolescenti. El peor de todos. Recuérdalo cuando tengas dieciséis años, ¿de acuerdo? Aléjate de ellos. Te ahorrarás muchos problemas.

Al llegar al coche, Luke le tendió la manta.

—Pónsela encima —le indicó Marie—. Con el raso en la mejilla, es importante.

—Bien, pero te sigo diciendo que está sofocada —contestó obedeciendo—. ¿Qué tal?

Carolyn se calló al instante.

Marie suspiró.

—Estupendo —contestó.

Luke sonrió a regañadientes.

—Voy a por la sillita. Ahora vuelvo.

—Cobarde —sonrió Marie.

Carolyn estaba agotada y se quedó dormida en cuanto el coche se puso en marcha.

—Bueno, una cosa hecha —comentó Luke al llegar a su casa—. Tengo tiempo de llamar a la grúa para que vayan a buscar mi coche a tu casa. Mañana, me tienes que pasar a buscar para ir a alquilar otro.

Marie suspiró. No podía decir que no. El accidente había sido culpa suya.

—Muy bien.

—Llama a tu aseguradora en cuanto llegues a casa. Así, cuando nos veamos mañana, podremos darnos los datos y pasar por la comisaría.

—Sí, sí —contestó Marie asqueada. No le apetecía tener que ver a aquel ser inaguantable que le recordaba una etapa de su vida que no quería recordar—. ¿A las doce te va bien?

—Sí. Hasta mañana.

Marie puso el coche en marcha mientras esperaba a que Jason ayudara a Luke a sacar todas las cosas de Carolyn. Estaba impaciente por irse de allí cuanto antes.

Luke DeForest solo podía acarrearle complicaciones.

Capítulo 2

Jason abrió la puerta del conductor.

–Conduzco yo – anunció.

«Por encima de mi cadáver», pensó Marie.

–No, Jason, conduzco yo –le aclaró—. Ya he tenido suficiente con un accidente.

Jason puso los ojos en blanco.

–No lo dirás en serio... Venga...

Marie permaneció firme.

–No, esta vez no va a haber negociación –insistió a pesar de que sabía que Jason era muy dado a las escenitas—. Conduzco yo, así que móntate en el coche antes de que Luke salga a ver qué pasa.

El chico obedeció porque sabía que Luke no estaba muy contento con él. Al fin y al cabo, había tenido suerte, ¿no? No le había arrancado ninguna extremidad.

Mientras rodeaba el coche para subirse por el otro lado, dio un puñetazo en el capó. Nada más montarse en el vehículo, empezó la retahíla de siempre de por qué Marie tenía que convencer a su padre de que le comprara un coche nuevo, deportivo a poder ser, y con un buen equipo de música, de esos que dejan sordo al de al lado en los semáforos.

Marie suspiró resignada. El alcohol nunca le había llamado la atención, pero se planteó beberse la botella de *whisky* al llegar a casa. Así, tal vez, la acusaran de mala tutora y pusieran a Jason bajo la supervisión de otra persona hasta que su abuelo volviera del hospital.

¿Dónde estaba la Cruz Roja cuando se la necesitaba?

Jason seguía y seguía. Aquello era inaguantable.

–Mira, el accidente no ha sido culpa tuya por tener un coche grande y viejo sino de Luke por estar detrás –le dijo a la desesperada.

–Frena, que se va a poner rojo –apuntó Jason.

¡Lo que faltaba! ¡El adolescente dándole lecciones de conducir! Era mejor vérselas con Luke DeForest.

¿Por qué no paraba de pensar en él? No era tan guapo como Wade, la verdad. No, pero era realmente atractivo. Marie pisó el freno en seco.

–Jason, sé perfectamente de qué color está el semáforo, ¿de acuerdo? Por cierto, vas a tener que estudiar un poco más este trimestre para que tu padre no le dé demasiada importancia a lo que acaba de pasar con el coche.

—Mi padre lo va a pagar de todas formas, así que... Por cierto, menuda porquería de paga has conseguido que me dé. No tengo ni para chicles. Fallaste completamente en esa misión, Marie.

—Pues cómprate chicles más baratos —contestó Marie acelerando cuando el semáforo se puso verde—. Podría haberle dicho que te diera más dinero, pero no lo hice y no lo voy a hacer. Veinte dólares es más que de sobra para un chico de tu edad.

—No tienes ni idea —protestó Jason—. ¿Has sido joven alguna vez? Es patético tener que pedirle dinero a mi sobrina, ¿sabes? Ninguno de mis amigos tiene que hacerlo. ¡Y para colmo me dices que a las once en casa los fines de semana! Mis amigos no tienen hora de llegada y sus padres les dan todo el dinero que quieren.

—Sí, ya, seguro —dijo Marie saliendo de la calle de Luke—. Déjalo, Jason —le advirtió—. Voy a hablar con tu padre y le voy a aconsejar que pague el equivalente del seguro más barato. Eso quiere decir que tú vas a tener que poner lo que falte.

—No tengo dinero —dijo Jason desafiante.

—Pues te vas a tener que poner a trabajar, entonces —contestó Marie satisfecha.

—Todavía no he cumplido dieciséis años. Nadie me contrataría.

—Claro que sí —sonrió Marie—. Bastará con que tu padre te haga una autorización. Si con veinte dólares el señorito no tiene suficiente para mantener el ritmo de vida que a él le gusta, te pones a trabajar y punto.

—Te crees muy lista, ¿eh? —susurró Jason—. Cuidado con el niño de la bici.

—Ya lo he visto.

—El límite de velocidad es treinta. Vas casi a cuarenta. ¿Por qué llevas las manos a las dos menos diez? Mi profesor dice que hay que llevarlas a las tres menos cuarto para que, si salta el *airbag*, no te las rompa.

—Jason, llevo ocho años conduciendo, así que creo que sé conducir perfectamente.

—Yo no estaría tan seguro —rió su tío—. Ten cuidado, viene un coche.

—Ya lo he visto, Jason —dijo Marie entre dientes preguntándose cómo hacía la gente para no matar a sus hijos en edad de sacarse el carné de conducir.

Lo mejor que podía hacer era ignorar a Jason, pero no era fácil.

—Hay un *stop*.

—Cállate, Jason —le gritó—. Haz el favor de callarte de una vez.

Al llegar a casa, Marie llamó a la aseguradora y se fue a su habitación. Bajó las persianas y descansó durante una hora.

Enseñar a conducir a Jason iba a acabar con ella. ¿Le habrían salido ya canas?

Seguro que a Luke DeForest no le gustaban las canas.

¿Cómo? ¿Y esa estupidez? ¿Y a ella qué le importaba lo que Luke opinara de su pelo o de ella? Pues le importaba. Bueno, ya se encargaría de aquello más tarde.

Tomó aire y lo soltó lentamente. Todo era culpa de Jason. La estaba volviendo loca. No hacía mucho que ella misma había dejado de ser una adolescente y no debía de estar preparada para lidiar con uno de ellos.

Puso su CD preferido de Paul Simon y se sentó a escucharlo en la mecedora. A pesar del bum bum que llegaba de la planta de abajo, se calmó un poco.

Cuando salió de su habitación estaba convencida de que había recuperado el control por completo. Para empezar, había decidido no volver a pensar en Luke DeForest. ¿Y si hacía unas galletas para el día siguiente? Si no se ganaba al muy bestia así, siempre podría decir que eran para Carolyn.

Preparó carne asada para cenar y tuvo que escuchar los lamentos y las quejas de Jason. Pero, de verdad, ¿qué quería aquel chico? ¿Pizza todas las noches? Para colmo, ni tocó la ensalada.

Dio gracias al cielo, cuando, tras haberse comido medio bote de helado y no haberse ofrecido, por supuesto, a fregar ni un plato, Jason se fue de la cocina.

Recibió el portazo de su cuarto con alivio y... luego llegó el bum bum.

¿Y Jason quería un potente equipo de música en el coche? ¡Ni por asomo! No estaba tan loca. Puso una emisora de música antigua y cantó con Aretha Franklin mientras fregaba.

Poco después de las doce de la mañana, llamó al timbre de Luke. Había escogido con cuidado la ropa que llevaba y se había maquillado y peinado con esmero.

Se alegraba de saber arreglarse todavía aunque hacía meses que no lo hacía. ¿Para qué? ¿Para quién? ¿Para Jason y sus amigos llenos de granos? No, gracias.

Luke, sin embargo, era otra cosa. Era realmente atractivo aunque no se lo propusiera porque, de hecho, el día anterior no llevaba gomina en el pelo y colonia. No, él era puro hombre al natural.

Y ella, por supuesto, había quedado encandilada, lo que era una estupidez. ¿Acaso no había aprendido nada de su matrimonio?

Mientras esperaba a que Luke le abriera la puerta, pensó en Carolyn. ¿Luke se había casado? No recordaba que Wade le hubiera dicho nada parecido. Claro que su marido había sido un hombre que no hablaba mucho. Pesas, sí; charla, no.

De joven, a Marie le había bastado con que un hombre tuviera un buen pectoral para pensar que su interior no podía ser peor. Alguien que se cuidara tanto por fuera, por fuerza tenía que cuidarse por dentro.

Menos mal que había madurado y había cambiado de opinión.

—Hola —dijo Luke abriendo la puerta.

–Hola – contestó Marie mirándolo con curiosidad.

Estaba hecho un asco.

Aun así, Marie sintió que se le aceleraba el corazón. ¿Por qué? No había una respuesta lógica.

Iba mal vestido, con unos vaqueros rotos y una camisa arrugada, y completamente despeinado. No parecía el del día anterior.

–Pasa –le indicó.

–Gracias –contestó ella entrando y disimulando su nerviosismo.

La casa era preciosa, tanto por dentro como por fuera, pero el jardín estaba sin plantar y el interior tan solo había sido pintado en blanco. Luke la guió a través de un salón muy masculino tomado por la manta de Carolyn, un conejo verde de más de un metro de alto y muchos cuentos.

–Espera –le indicó.

Marie obedeció hasta que lo vio aparecer con una silla en la que le indicó que se sentara. Marie se sentó y observó que Luke se sentaba aliviado.

–Si no recuerdo mal, tenemos unos diez o quince minutos. Cuando he entrado a por la silla iban por cuando Ariel había renunciado ya a ser humana y ese asqueroso pulpo gordo estaba convirtiendo al rey de las sirenas en un tritón o en algo igual de repugnante. El personaje del pulpo no está mal, pero el argumento es bastante básico, ¿sabes? No hace veinticuatro horas que tengo a la niña y ya me lo sé de memoria.

Marie estaba confusa.

–¿Te has divorciado? Lo digo porque ves a tu hija solo de vez en cuando, ¿no?

Luke se rascó la barbilla.

–Ojalá fuera eso –contestó—. No, es mucho más complicado. La madre de Carolyn murió hace tiempo, pero les costó encontrarme. Me la han dado para que me la quede, pero no sé si alguno de los dos está muy feliz con la decisión.

Efectivamente, los hombres eran unos cretinos. Excepto su abuelo, por supuesto, pero él era mayor. Debía de ser que los hombres eran como los quesos, mejores cuanto más tiempo pasaba. Claro que había otros que se volvían asquerosos y malolientes, ¿no?

–¿Eres su padre y no te has molestado en verla antes? ¿Tuvieron que localizarte para decirte que su madre había muerto? ¿Qué clase de hombre eres?

–Un hombre muy cansado –contestó Luke—. Carolyn no quería dormir sola, así que la metí en la cama conmigo y no he pegado ojo. No para de moverse y de clavarte los codos y las rodillas. Una vez me ha dado en la garganta y creía que me ahogaba.

–Obviamente, has sobrevivido a la odisea –dijo Marie sintiendo lástima por él—. Ten en cuenta que estará nerviosa, Luke. Su madre muere y a ella la trasladan con un padre al que no conoce...

–Mira, bonita, no tienes ni idea de... Da igual. Hay cosas que solo nos importan a Carolyn y a mí. Hay cosas que no puedo decir, que solo trataré con mi hija. Ya nos las apañaremos... espero...

Marie lo miró sorprendida. ¿Aquel era el mismo Luke DeForest que el del día anterior, el mismo que parecía capaz de comerse el mundo?

Parecía derrotado, pero ella no podía ni quería hacer nada. No, Marie ya tenía suficiente con Jason como para hacerse cargo de Carolyn y de Luke. Imposible.

Lo mejor que podía hacer era irse.

–Me voy a ir, ¿sabes? Me parece que no he venido en un buen momento. Te dejo mis datos del seguro y mi número por si...

–¿Papi?

–¿Sí, Carolyn?

–Se ha acabado.

–¿Ya?

Marie sintió ganas de reírse a carcajadas al ver la cara de pánico de Luke. No debía de tener ni idea de qué hacer con la niña, que era una preciosidad de coletas rubia y ojos marrones, con pecas y dientecillos torcidos que a su padre le iba a costar una fortuna arreglar.

Apenas levantaba unos palmos del suelo, pero parecía sola y desamparada. Miraba a Luke sin saber qué hacer. Debía de encontrarse completamente perdida con su papá nuevo, en una casa nueva y en una ciudad desconocida.

Marie sintió que se le encogía el corazón.

–Va siendo la hora de comer, ¿no? –dijo Luke—. ¿Qué te parece si hacemos unos sándwiches de atún?

Marie pensó que estaría de broma.

–¿No hay perritos calientes? –preguntó la niña.

–Perritos calientes, muy bien –contestó Luke—. Voy a ver si hay en el congelador. Bueno, es casi carne. Tiene proteínas. ¿Y las verduras? Los niños pequeños tienen que comer verduras, ¿no? –susurró para sí mismo—. ¿Qué te parece perrito caliente con ensalada?

Marie negó con la cabeza. Aquel hombre estaba completamente perdido.

–Luke, ¿tienes fruta? –sugirió—. Uvas, plátanos...

–Sí, supongo que sí –contestó Luke con el ceño fruncido.

–Es más fácil que se coma la fruta que la ensalada –le aclaró Marie—. Puede que, si se la cortas muy pequeñita, se coma una zanahoria, pero ensalada... Vas a tener que esperar a que sea un poco mayor, ¿sabes?

–No quiero que coma mal –apuntó Luke.

–Te entiendo y me parece lo más normal, pero tienes que ir poco a poco. Empiezas con las zanahorias cocidas y vas añadiendo otros alimentos con los meses.

–No lo sé –contestó Luke—. Y lo del perrito, tampoco me convence.

–Por un día, no pasa nada –lo tranquilizó Marie—. Hasta que se encuentre más cómoda. Luego, ya podrás empezar a prepararle comidas más sanas y nutritivas.

Como había intentado ella con Jason al principio. Había terminado tirando la toalla porque las peleas y los gritos habían sido insoportables, pero tal vez Luke tuviera más suerte porque Carolyn era más pequeña y manejable que el histérico de su tío.

–Y, después de comer, si no quiere dormir la siesta, la puedes llevar a jugar al parque. ¿Tenéis alguno cerca?

–Sí, el Kiddie Kingdom –contestó Luke—. No es mala idea. Luego, le podría poner otra película mientras acabo de recoger sus cosas, las que me dieron y las que le he comprado. Le he comprado una Barbie porque me he acordado de que mis hermanas jugaban con ella y con... ¿cómo se llamaba el otro? Kevin o Kent o algo así...

Marie se quedó pensativa. ¿Le costaría mucho ayudarlo antes de irse? Al fin y al cabo, tal vez, el accidente del día anterior hubiera contribuido, un poco, al caos que parecía reinar en la vida de Luke DeForest.

–¿Y si, en lugar de ponerle otra película, te pasas por una tienda y le compras un cubo y una pala? Así, podría jugar, moverse, estaría activa y estimulada y no atontada ante una pantalla.

–Me parece, bien, sí. Gracias, Marie. Se me habría ocurrido a mí tarde o temprano, por supuesto, pero gracias de todas formas.

–También podrías hacerla participar en la tarea de recoger las bolsas. Te puede ayudar...

Luke la miraba con los ojos muy abiertos. Marie habría apostado cualquier cosa a que estaba a punto de ponerse a tomar notas.

–Me gusta, me gusta... ¿y luego?

¿Esperaba que le diera el guión detallado de vida hasta que Carolyn cumpliera quince años?

–Eh, te la puedes llevar dando un paseo hasta la tienda para comprar la cena –contestó—. Así, hace un poco de ejercicio y se cansa. Con un poco de suerte esta noche dormirá mejor. Cómprale papel y lápices de colores para que se entretenga mientras tú preparas la cena. A su edad, las manualidades son muy importantes –concluyó Marie disimulando que no tenía ni idea de lo que decía.

Luke la miró con admiración.

–Brillante –musitó—. ¿No te apetecería...?

—Me encantaría quedarme a echarte una mano, Luke, pero tengo que ocuparme de Jason, ¿sabes? Estos adolescentes... Ahora mismo, está... —tragó saliva al darse cuenta de que su tío ni siquiera estaba en casa.

—¿Dónde? —dijo Luke dándose cuenta de que ocurría algo.

—Mirando un equipo de música con un amigo que ya se ha sacado el carné. Quiere convencerme de que le compre uno de esos aparatos atronadores para el coche —admitió dándose cuenta de que, al hacerlo, se quedaba sin excusa para no ayudar a Luke.

No era bueno para su salud. Luke DeForest era endiabladamente viril, demasiado atractivo. Le hacía sentir cosas que creía olvidadas y que no podría tener jamás con él.

—... y que se venga —estaba diciendo el hombre en cuestión—. Que vea una película o lo que quiera.

—¿Tienes un buen equipo de sonido?

—Te estoy diciendo que sí. ¿No me estabas escuchando?

—¿Tú también tienes uno de esos, entonces?

—Por supuesto —contestó Luke.

Marie se golpeó el muslo con la mano. Lo sabía. Efectivamente, era un error del cromosoma Y.

—Guapa.

Marie se dio cuenta de que la pequeña Carolyn se había acercado a ella y la señalaba sonriente.

—No tanto como tú, preciosa —contestó sonriendo a su vez.

—Guapa —repitió la niña mirando a su padre en busca de confirmación.

Luke la miró durante unos desconcertantes segundos antes de contestar.

—Sí, cariño, es muy guapa.

Marie no pudo evitar sonrojarse.

—¿También va a tomar perrito, papá? —preguntó Carolyn tirándole a Marie del pantalón.

Luke sonrió maliciosamente.

—Si la convences para que se quede, sí —contestó—. Seguro que la tía Marie no le puede decir que no a una monada como tú.

—Muy bien —cedió Marie—. Me quedo, pero quiero sándwich de atún —añadió.

El cambio de menú no tenía nada que ver con querer pasar más tiempo con Luke.

Claro que no.

Capítulo 3

Para ser tan grande, Luke se movía con suma agilidad. Saltó de la silla a toda velocidad, como si no quisiera que Marie cambiara de opinión.

—Sándwich de atún, muy bien —dijo muy contento—. Todo el mundo a la cocina. Vamos, vamos, uno, dos, tres, en marcha.

Carolyn agarró a Marie de la mano y ambas siguieron al líder.

—¿Qué quieres con el atún, pepinillos, cebolla o semillas de apio? —preguntó Luke una vez en la cocina.

—Apio, pero una ramita, nada de en semillas, un poco de cebolla y mucha mahonesa —contestó Marie—. Ah, y el pan lo quiero tostado, por favor.

Luke le entregó dos rebanadas de pan.

—Aquí tienes.

—Gracias —murmuró Marie secamente preguntándose por qué el señor amable la habría invitado a comer.

Nunca había sido el colmo de la hospitalidad. Bueno, ¿qué más daba? Estaba acostumbrada a cuidar de sí misma, así que podría soportarlo.

Luke había advertido el tono de Marie, pero no le dio importancia. Las circunstancias lo sobrepasaban y no se sentía con ganas de ser especialmente amable.

—En el frigorífico hay leche y zumos —anunció—. Hay vasos en el lavaplatos.

Marie suspiró al meter las rebanadas de pan en la tostadora y girarse para sacar los vasos.

—No está acostumbrado a tener invitados, ¿eh, señor DeForest? Sus modales dejan mucho que desear.

—Señorita Ferguson, eligió usted el día equivocado para que su tío se chocara contra mi coche. Estoy agotado, la verdad, y honestamente no me apetece jugar al anfitrión perfecto. Lo que pasa es que parece que a Carolyn le has caído bien y para mí es mucho más fácil verla riendo que llorando. Me debes una, al fin y al cabo, porque no le rompí el cuello a Jason, que era lo que me apetecía hacer. Me gustaría que me devolvieras el favor ayudándonos a convertirnos en la familia feliz. Si lo consigues, te prometo que te invito a cenar en el mejor restaurante de la ciudad.

Marie se quedó petrificada. El accidente no había sido culpa suya. ¿Por qué no era Jason quien le enseñaba a Luke las bendiciones de la vida familiar? Ella no sabía nada al respecto. Su padre se había ido de casa cuando ella tenía cinco años y su madre se había dado a la bebida para llenar el vacío, y lo único que había conseguido había sido morir de cirrosis.

A los ocho años, su abuelo y su esposa, Pearl, se habían hecho cargo de ella. Jason había nacido un año después. Pearl había muerto hacía dos años de un cáncer de pecho. Marie tenía la impresión de que llevaba toda la vida viéndoselas con la muerte y el abandono.

Su abuelo siempre la había ayudado. Era un hombre fuerte, pero hasta las rocas se rompen algún día. Seguía luchando, pero tenía ya setenta y cinco años y los huesos estaban soldando mal después de su última caída. Marie no estaba dispuesta a admitirlo, pero había veces en las que se moría de miedo. ¿Y si su abuelo no se recuperara? ¿Quién la ayudaría con Jason? Nadie. Sentía escalofríos solo de pensarlo.

Marie se negaba a adelantar acontecimientos. Había tomado la decisión de enfrentarse a cada día según fuera llegando. Su abuelo necesitaba que lo cuidara, como él había hecho con ella antes, y que se encargara de su hijo, y lo pensaba hacer le costara lo que le costase, porque era una persona responsable.

Miró a Carolyn, que estaba mojando los trozos de salchicha en el ketchup que Luke le había servido en el plato. Era una preciosidad comparada con Jason. Marie sonrió. Sí, aquella pequeña era pan comido.

Luke se mostró más simpático durante la comida y, para sorpresa de Marie, incluso hizo gala de un cierto sentido del humor. Carolyn, por supuesto, no se enteraba de los chistes de su padre.

Marie, sin embargo, se rió un par de veces. ¿Por qué estaría tan estresado? ¿Y por qué la miraba con recelo?

Carolyn se comió encantada las salchichas, el plátano y las galletas.

—Primero, la leche y estas exquisitas zanahorias y, luego, ya veremos — contestó Luke acercándole las zanahorias cocidas.

Marie observó perpleja cómo Carolyn obedecía. Sí, indefectiblemente, los bebés eran mucho más fáciles que los adolescentes.

Claro que ella también se habría comido gustosa cualquier cosa que le hubiera preparado aquel hombre tan atractivo.

Después de comer, fueron al Kiddie Kingdom en el coche de Marie. Qué casualidad que el parque estuviera justo enfrente del zoológico. Por supuesto, también fueron allí.

—No puedo más — comentó Luke al volver a casa.

—Yo tampoco — bostezó Marie—. Me tengo que ir ya — sonrió—. Tengo que cortar el césped. Se supone que lo iba a hacer Jason, pero no creo que haya vuelto todavía del centro comercial de ver esos monstruosos equipos de sonido. Claro que mejor eso a que le dé por las revistas porno.

—Teniendo en cuenta la edad que tiene, todo llegará — apuntó Luke—. Equipos de música, revistas de lencería, de coches, todo vale.

Marie decidió tirar todas las revistas de moda que encontrara por casa en las que hubiera modelos en ropa interior.

—Supongo que tienes razón. No sé, como hace lo que quiere... Le he dicho que, a partir de ahora, le voy a decir las cosas solo una vez. Si no las hace, las haré yo, pero, entonces, no lo llevaré a conducir en una semana.

—Vaya, te has puesto dura, ¿eh?

– Es que estoy harta de discutir con él – contestó Marie a la defensiva.

– Me parece bien – dijo Luke levantando las manos.

– Aguantará todo lo que pueda hasta, por ejemplo, el anochecer para que los vecinos piensen que le hago cortar el césped a oscuras. Prefiero llegar a casa antes que él para hacerlo yo y así librarme de experiencias como la de ayer contigo. Mis nervios ya no pueden más. Estoy al borde de un ataque, te lo juro. Necesito una semana tranquila. Al paso que llevo no cumplo los veintiséis.

Luke la observó. Había encontrado un tesoro. La primera tarde con Carolyn, que le había hecho despertarse en mitad de la noche empapado en sudor, había resultado estupenda gracias a ella. Aunque nunca lo admitiría, en lugar de una pesadilla, había sido un sueño de tarde.

Lo único malo era aquella inexplicable atracción que sentía por Marie. Le había pasado desde la primera vez, pero se había casado con su hermano, así que...

Así que Marie tenía problemas, ¿eh? Bueno, tal vez, el primero y más importante había sido casarse con su hermano. Solo una idiota se casa con un idiota.

Si no hubiera existido Carolyn, habría seguido viviendo sin Marie. Pero Carolyn existía y la necesitaba para cuidar a la niña. Además, aquella tarde había descubierto que se lo pasaba bien con ella.

Por lo visto, Marie tenía algo más bajo aquella fachada tan bonita. Seguramente, Wade se habría muerto sin saberlo. A él no le iba a pasar lo mismo. No señor. Él sabía diferenciar quién merecía la pena.

– Te propongo un trato – dijo –. Si me ayudas a que Carolyn recoja su habitación, voy a casa contigo, te corto el césped y pago la cena. Solo te pido que nos aguantes un poco más.

Le daba pánico quedarse a solas con la niña de nuevo. No lo iba a admitir, por supuesto, pero prefería cortar su césped y el de diez vecinos si fuera necesario. Al fin y al cabo, ¿qué eran unas cuantas horas más aguantando la incómoda erección que le producía verla comparadas con el llanto y los gritos de Carolyn?

Marie le había hecho ver que, tal vez, pudiera sobrevivir a la experiencia de ser padre y, además, había algo especial en ella. Con Marie se sentía más vivo... sí, él y otras partes de su cuerpo que no crecían tanto desde los dieciséis años.

– ¿Qué me dices?

Marie consideró la propuesta. La verdad era que odiaba cortar el césped. Prefería cambiar veinte veces las sábanas de Carolyn a enfrentarse a la cortadora. Además, así podría admirar el maravilloso físico de Luke un rato más. ¿Y si tuviera mucho calor y se quitara la camisa? Mmm...

– Iba a hacer galletas – contestó –. A lo mejor a Carolyn le apetece ayudarme a prepararlas.

Luke suspiró aliviado. Aquella mujer era una mina de ideas. Una mina de oro.

Tardaron unas tres horas en montar la nueva habitación de la niña, sobre todo, porque la niña no paraba de metérseles entre las piernas. Además, Marie se encontró mirando a Luke unas cuantas veces.

Aquel hombre tenía un carácter terrible. Entonces, ¿por qué le gustaba tanto?

Para cuando terminaron y salieron por la puerta, Carolyn iba agarrada de la mano de Marie charlando sin parar en su idioma de lengua de trapo. Cuando vio que Marie se iba a un coche y Luke a otro, pues ya le habían llevado el vehículo de alquiler, se soltó de la mano de Marie y se agarró a su pierna como una lapa.

– Quiere ir contigo – dijo Luke.

– Cariño, tienes que ir con papá – dijo Marie arrodillándose frente a la niña –, en tu sillita.

Luke se apresuró a montar a la niña en su coche, a sentarla en su silla y a atarla. Carolyn no se dio ni cuenta.

– Ya verás, llegaremos enseguida y podrás hacer galletas con tía Marie – le prometió.

– ¡Galletas, galletas, galletas! – repitió la pequeña encantada.

– Efectivamente, galletas para mi tarta de fresa – dijo Luke haciéndole una seña a Marie de que la seguía.

¿Qué acababa de decir? ¿Por qué hablaba así? Parecía idiota. Qué bajo había caído.

Marie asintió.

Qué bien lo había hecho Luke. Había dado prioridad a la seguridad de la niña a pesar de que ello podría traducirse en un buen berrinche. Tal vez, al final, padre e hija pudieran sobrevivir. Quizás.

El buen humor se le pasó en cuanto divisó la casa de su abuelo. ¡Jason estaba cortando el césped! ¿Por qué? No le iba a quedar más remedio que sacarlo a conducir. ¿Quién entendía a los adolescentes? ¿Por qué cooperaban cuando una menos se lo esperaba?

– Parece que te ha hecho caso – comentó Luke, que ya había salido de su coche con Carolyn.

– ¡Míralo! ¡Pero si hasta lo está haciendo bien! – exclamó Marie indignada. Luke sonrió.

– Sí, parece que se está esmerando.

– ¡Cuando quiere y le interesa mira cómo sabe hacer bien las cosas! – protestó Marie saliendo del coche.

Luke no pudo reprimir una risa.

– Cambiamos el trato, si quieres. Tú preparas hoy la cena para Carolyn y para mí como habíamos quedado y yo me encargo de sacar a Jason a conducir un día de esta semana – propuso mirándola, para su desgracia, a la boca.

Aquello era horrible. No iba a poder controlarse mucho tiempo más. Al final, la iba a tener que besar y presentía que iba a ser pronto.

– ¿De verdad harías eso por mí? – contestó Marie.

– Claro.

Marie se encontró besando a su cuñado a plena luz del día y delante de cualquier vecino que quisiera verlo. ¿Y si lo besara de nuevo? Le había gustado la experiencia.

– Papá – dijo Carolyn.

– Dime, hija.

Mientras Luke iba a ver a regañadientes al cachorrito de los vecinos con la niña, Marie decidió que era mejor no repetir de momento.

Aquel beso había pillado a Luke completamente por sorpresa. ¿Qué había pasado? ¡Acababa de besar a la viuda de Wade! ¿Por qué se habría casado Marie con el descerebrado de su hermano pequeño, por cierto?

La pregunta del millón, que tendría que esperar. De momento, lo importante era que aquello de la paternidad lo había pillado por sorpresa y le había puesto la vida patas arriba. Necesitaba un cursillo intensivo sobre niños pequeños y parecía que Marie sabía mucho sobre ellos. A cambio estaba dispuesto a enseñarle lo que él sabía sobre adolescentes y, luego, desaparecería.

No estaba dispuesto a arreglarle la vida a la viuda de su hermano. Estaba harto de ir por ahí solucionando la vida de los demás. Eso era exactamente lo que había hecho siempre con Wade. No, estaba claro que Marie tenía problemas y él ya tenía bastante con los suyos.

Tomó a Carolyn en brazos para así no poder abrazar a Marie y volver a besarla. Había sentido una descarga eléctrica que tenía que tener alguna explicación medioambiental o algo así, debía de haber electricidad estática...

Un beso más tampoco iba a hacerle daño a nadie, ¿no? Solo para probar... como un experimento científico...

Tomó aire y contó hasta diez para entrar en la casa.

– Gracias, gracias, gracias – dijo Marie.

Sí, efectivamente, había jugado bien sus cartas. Estaba claro que Jason era su punto débil.

Marie sintió un cosquilleo en los labios y se dijo que al diablo con dar buen o mal ejemplo. Agarró a Carolyn en brazos y tomó a su padre de la nuca para plantarle otro beso en los labios.

Luke se preguntó si todos los profesores de conducir recibían tantos besos seguidos. Si fuera así, desde luego, se había equivocado de profesión.

¿Y si le ofreciera a Marie enseñar a conducir a Jason todos los días? Entonces, ¿qué haría? ¿Le regalaría no un par de besos sino su cuerpo entero? La tentación era tremenda, pero él siempre había sido un hombre cauto. Primero tendría que saber cómo conducía Jason.

—Vamos dentro; no vaya a ser que el perro acabe mordiéndola —dijo para dejar de mirar de esa forma los labios de Marie.

—No creo —contestó ella sintiendo su mano en la espalda—. Parece muy bueno.

Mientras abría la puerta, Marie se dijo que tal vez con el que tuviera que tener cuidado era con Luke. ¿La querría como cena?

—Pasa —le indicó—. La cocina está por ahí. Si quieres vamos haciendo la cena. Conozco a Jason y sé que va a llegar muerto de hambre. He comprado carne.

Diez minutos después estaba friéndola con Luke mirándola fijamente y Carolyn metiéndose entre sus piernas.

Qué claustrofobia.

Luke no se quería perder nada. No por él, que se apañaba con sándwiches y hamburguesas, sino por la niña, que necesitaba comida casera.

¿Sabría Marie hacer guisos y asados? Viendo el menaje que estaba utilizando, decidió que iba a tener que salir a comprar unas cuantas cacerolas. Sí, Marie estaba utilizando una que parecía tener aproximadamente veinte centímetros de diámetro y otra más pequeña, de unos trece.

—¿Qué haces? —preguntó levantándose tras ella cuando vio que se iba hacia una puerta.

—Ir por una cebolla —contestó Marie girándose en la estrecha despensa.

«Aunque podría híper ventilar contigo tan cerca», pensó.

—Ah.

¿Qué se esperaba? ¿Especias y productos raros? Pues no, una simple cebolla. A Marie le gustaba cocinar, pero no sabía hacer platos complicados, solo guisos y asados.

—Y a por la salsa barbacoa —añadió.

¿Le parecería la salsa más exótica que la cebolla? Luke se limitó a asentir. Parecía estar tomando nota de todo lo que había en la despensa. ¿Creería que los iba a envenenar o algo así?

No podía respirar.

—Luke, ¿qué te parece si Carolyn y tú vais poniendo la mesa?

La mesa estaba al otro lado de la cocina. Suficiente para no ahogarse.

Luke asintió a regañadientes. ¿Cómo iba a aprender a preparar la cena desde tan lejos? Además, desde allí, seguro que no podría oler el perfume de frambuesa de Marie. Se encogió de hombros. Tal vez fuera mejor mantener las distancias.

– Muy bien – dijo llevándose a Carolyn junto a la mesa – . A ver, hija, ayúdame a contar los cubiertos.

– Uno, dos, tres, cinco, ocho, seis...

– Madre mía – comentó Luke – . Nada de películas de sirenas hasta que no aprendas a contar. Vamos con los platos.

Marie puso los ojos en blanco y se concentró en picar la cebolla.

Luke perdió la concentración mirándola. ¡Con qué gracia se movía! ¡Con qué elegancia probaba la salsa de la carne!

– Uno...

Le acababa de añadir mostaza y... ¿qué era aquello? Ah, azúcar moreno...

– Dos...

Marie no debía de ser consciente de cómo se movía, pero era una locura.

– Cuatro...

Podría haber sido modelo si hubiera querido. Le parecía estar viéndola desfilando por una pasarela.

– Tres. Ya está papá.

– ¿Eh? Ah, muy bien, cariño. ¿Ves? Solo hay que practicar un poco y ya está – dijo acariciándole el pelo a su hija y preguntándose de qué se reiría Marie – . Vamos a seguir practicando con los tenedores y las cucharas.

Solo tenía que convencerse de que Marie era como un mueble, como un mueble, como un mueble...

Marie se preguntó qué sería lo que tenía a Luke tan distraído que no se daba cuenta de que su hija seguía cometiendo errores al contar.

Pero no era aquello lo que más le preocupaba sino el gran cansancio que sentía y lo mal que le estaba oliendo el guiso. Era imposible que estuviera malo pues la carne era fresca, pero aquello no iba bien. Ella no se sentía bien.

Y sospechaba por qué podía ser. Pocas semanas antes de que Wade muriera, la había convencido para intentar una reconciliación. Había creído en sus promesas. Una vez más. Se habían conocido en la universidad y se habían casado estando en segundo curso. Básicamente porque no podían parar de tocarse y a Marie la habían educado en la creencia católica de que para llegar más lejos había que pasar por la vicaría.

Había intentado de todo para salvar su matrimonio, pero cuando, hacía seis meses, la había dejado, se había dado cuenta de que lo mejor era volver a casa de su abuelo, donde había crecido.

Poco después, Wade la había llamado y le había dicho que quería arreglar las cosas, que estaba dispuesto incluso a ir a terapia con ella. Tras hablarlo con su abuelo, que le había dicho que le parecía bien, Marie había decidido darle otra oportunidad. Sí, se habían acostado, pero le había obligado a ponerse un

preservativo, precisamente porque no quería complicar más una situación inestable con la llegada de un hijo.

—Sí, pero se rompió —murmuró apartándose del guiso todo lo que podía—. Pero solo fue una vez...

Sí, pero no había vuelto a tener el período desde entonces. Tres faltas, cansancio y náuseas.

No pensaba comerse aquel guiso para cenar ni por asomo. Lo que quería eran pepinillos en vinagre.

—Y otra cosa —murmuró. «Luke», se dijo.

Sí, así era. Sentía los pechos abultados y sensibles, deseosos de que las manos de Luke se posaran sobre ellos.

Y quería besarlos. Por todas partes.

Aquella imagen hizo que los pechos le dolieran.

Estaba perdiendo la cabeza. Dejó la cuchara y fue a llamar a Jason. Sí, lo que necesitaba era más gente a su alrededor.

Capítulo 4

Jason entró oliendo a gasolina, sudor y hierba recién cortada.

—Quítate las zapatillas antes de entrar —le advirtió en aquel tono de ordeno y mando que se había convertido en el que utilizaba normalmente con él.

Jason se paró y vio que Luke estaba observando la escena.

—Déjame ir solo hasta el fregadero, anda, que me estoy muriendo de sed.

Mane se mantuvo firme y notó que le resultaba mucho más fácil hacerlo con Luke detrás de ella.

—No —contestó yendo hacia el fregadero y sirviéndole un vaso de agua a Jason, que se estaba desabrochando ya los cordones—. Lo has dejado muy bien —añadió refiriéndose al césped.

—Gracias —dijo Jason antes de beberse el vaso de un trago.

—De nada —contestó Marie—. Menos mal que esta vez no te he tenido que suplicar. Dúchate antes de cenar, anda, que hueles que apestas.

Jason se quitó las zapatillas.

—Ya lo sé —dijo cruzando la cocina—, pero mañana me llevas a conducir, ¿verdad?

—Mañana, no lo sé —contestó Marie—, pero esta semana, te lo prometo.

—¿Y por qué no mañana?

—Porque no sé si a Luke le vendrá bien —contestó Marie encantada con la bomba que estaba a punto de lanzar.

Jason entornó los ojos al sospechar que estaba pisando terreno pantanoso.

—¿Qué tiene él que ver con nuestro trato?

—Mucho. A cambio de invitarlos a cenar hoy, Luke te va a llevar a conducir en mi lugar. Ya verás qué bien te lo vas a pasar —sonrió Marie—. Como no te gusta nada conducir conmigo...

—Sí, claro, ¿y qué más?

Luke se levantó y dio un paso al frente. Jason dio un paso atrás y cambió de discurso.

—Sí, sí, muy bien —dijo saliendo de la cocina.

Luke se apoyó en la encimera mientras Marie servía los platos muy sonriente. La observó poner una fuente de patatas y un cuenco con puré de manzana.

—Ya está —dijo encantada, sacando el cartón de leche del frigorífico—. La cena está lista —anunció riéndose al ver cómo Luke estaba intentando sentar a Carolyn sobre el listín telefónico para que llegara a la mesa.

—Ya voy —gritó Jason desde la planta de arriba.

Al volver a la mesa, Luke le retiró la silla para que se sentara. ¿Cuándo había sido la última vez que alguien había tenido un gesto así con ella? De repente, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Luke—. ¿Jason te ha dicho alguna grosería?

—No, no —contestó Marie—. No pasa nada. Estoy bien, de verdad.

Le costó unos segundos recuperarse, pero lo consiguió. ¿Qué le estaba ocurriendo? Estaba de lo más sensible. ¿Qué haría si a Luke se le pasara por la cabeza abrirle una puerta o regalarle flores? Ponerse a llorar como una loca, claro.

¿Regalarle flores? ¿De dónde se había sacado aquello? Debía de tener también el cerebro perforado.

No, Luke estaba allí porque a ella le convenía y punto. En cuanto le hubiera dado unas cuantas clases de conducir a Jason, adiós. Luke era un hombre y a ella le daban alergia aquellos animales.

No quería que Luke le retirara la silla, ni le abriera la puerta, ni le regalara flores... aunque fueran margaritas, que era sus favoritas.

Sí, sí que quería.

Maldición.

Le preparó un sándwich a Carolyn y le pasó el plato a Luke para que él le sirviera las patatas y el puré de manzana que estimara conveniente. Luego, preparó dos sándwiches enormes para él.

Aun así, vio que la estaba mirando por el rabillo del ojo. Los hombres y su hambre. ¿Dónde metían después tanta caloría porque, desde luego, a Luke DeForest no le colgaba ningún michelín?

—Habrà para todos, ¿no? —preguntó el muy cínico mientras Marie le servía una tercera cucharada de guiso.

—Sí, sí, no te preocupes —le contestó.

Al fin y al cabo, ella no iba a cenar mucho.

—Me muero de hambre —anunció Jason al llegar con el pelo mojado—. ¿Eso es para mí? —preguntó mirando como el lobo feroz al plato que Marie estaba sirviendo.

—Sí, toma.

Jason se sirvió un buen montón de patatas y bien de puré.

—Espera —le ordenó Marie justo cuando Jason se preparaba para hincarle el diente al primer sándwich.

—¿Qué pasa? —dijo Luke igual de alarmado.

Carolyn la miró con los ojos muy abiertos.

—Tenemos que dar gracias —contestó Marie.

—¿No habíamos quedado en que esas idioteces se habían acabado? —dijo Jason—. Es una fanática —añadió mirando a Luke—. Hace una semana, se le ocurrió

hacer pizza, ¿sabes? Porque Marie no es de las que pide las pizzas por teléfono sino de las que las hace en casa. Bueno, la cosa es que se le achicharró, estaba completamente negra.

–De eso nada –se defendió Marie–. Se me pasó un poco, es verdad, pero estaba solo... marrón.

–Negra –insistió Jason–. A lo que íbamos, lo del fanatismo religioso. ¡Me pone el trozo de pizza, que parecía carbón, en el plato y me dice que tenemos que dar gracias!

–Hay niños en el mundo que se mueren de hambre y que se habrían comido gustosos aquella pizza –protestó Marie–. Además, también había ensalada y macedonia de fruta.

–Sí, bueno, la juega –se ríó Jason–. Dos hojas de lechuga y una manzana cortada a trozos.

–¿Y tú qué ayudaste a preparar? –le preguntó Luke.

–¿Cómo?

–Ya me has oído. ¿Qué parte de aquella cena preparaste tú? A mí me parece que tienes muchas cosas por las que dar las gracias. Además, hoy no vamos a cenar carbón, ¿verdad?

–No –contestó Jason confuso–. Esto tiene buena pinta –admitió dejando el sándwich en el plato y chupándose los dedos por los que le había resbalado la salsa de la carne–. Que conste que sigo sin entender por qué tenemos que dar las gracias –concluyó para que no se creyeran que podían con él tan fácilmente.

–Yo, tampoco, pero si Marie quiere hacerlo, lo hacemos –dijo Luke–. Tienes que aprender a respetar a los demás, chico. No es para tanto.

Jason, al que le encantaba discutir por discutir, discutió.

–Qué tontería...

–Jason, es muy sencillo. Desde que naciste, tus padres, mis abuelos, me dijeron que tenía que darte buen ejemplo. Ahora, te toca a ti preocuparte por la próxima generación, ¿comprendes? –apuntó Marie mirando a Carolyn–. Hoy no eres el pequeño de la casa, así que haz el favor de rezar y punto.

–Pero...

–Te damos las gracias, señor... –comenzó Marie.

–Madre mía... –se quejó Jason.

–Por los alimentos que de ti hemos recibido –continuó Luke en tono firme y alto mientras le enseñaba a Carolyn a colocar las manitas.

Cambió de opinión y agarró a su hija de una mano y a Marie de la otra. Jason, al borde de las arcadas, aceptó las manos que le tendían y completó el círculo terminando la oración a regañadientes.

Marie suspiró aliviada. Había ganado una batalla. Luke la había ayudado un poco. Cuánto más fácil era lidiar con Jason cuando había otro adulto que hacía frente común con ella.

Se sirvió un pequeño trozo de carne y un poco de puré. Qué náuseas. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no vomitar al ver la grasa de las patatas fritas.

– Perdón – dijo levantándose de repente.

Luke la miró mientras salía corriendo de la cocina.

– ¿Qué le pasa? – le preguntó a Jason.

El adolescente se encogió de hombros.

– No lo sé. A lo mejor ha sido porque no como con cuchillo y tenedor, como a ella le gustaría, pero es que se tarda mucho, ¿sabes? O porque como con la boca abierta, pero no hago ruido, te lo prometo. ¿A que no te habías dado cuenta? Marie siempre me dice que, como no aprenda a comer con la boca cerrada, nadie se va a querer casar conmigo, pero tengo un amigo, Lloyd, al que se le oye desde kilómetros de distancia, es un cerdo, la verdad, y tiene novia... Claro que ella es igual de asquerosa – río.

Luke se levantó de la mesa.

– Vigila a Carolyn un momento.

– ¿Cómo? No es para tanto, de verdad, ayer le pasó lo mismo. No, no, eh espera un momento...

Pero Luke ya se había ido.

– Madre mía, no te atragantes ni nada parecido, ¿eh? – le advirtió a la pequeña –. A ver, prefiero darte yo de comer, no vaya a ser que te metas comida en la boca y la armes... Abre y di ahh.

Carolyn obedeció encantada. Aquello le debía de parecer un juego de lo más divertido.

– Muy bien, tienes la boca vacía – anunció Jason –. Entonces, podemos meterte una cucharada de puré de manzana – añadió haciéndolo –. Mastícalo veinte veces, ¿de acuerdo? Bueno, el puré tal vez no hace falta tantas veces, pero esto sí – añadió dándole un ínfimo trozo de carne –. Veinte veces, ¿eh?, que eres muy pequeña... Y que no te pille con caramelos. Eso sí que es peligroso para los bebés – le advirtió.

Carolyn sonrió angelicalmente y tragó.

– No lo has masticado veinte veces – dijo Jason nervioso –. Mira, bonita, si te quieres suicidar, fenomenal, pero no lo hagas cuando te estoy cuidando yo, ¿de acuerdo? No me apetece que te mueras delante de mí. Si te digo veinte es veinte, ¿eh?

Luke se habría reído a carcajadas ante el monólogo de Jason, pero estaba demasiado ocupado buscando a su anfitriona.

– ¿Marie?

La encontró en el salón con la cara entre los cojines.

– Bueno, bueno, no creo que los modales de Jason sean para tanto, ¿no? Desde luego, no para que te entren náuseas –la consoló sentándose en el borde del sofá.

– No es eso – susurró Marie.

– ¿Entonces?

– Es otra cosa.

– ¿Qué otra cosa? – insistió Luke, que no en vano era conocido en el mundo de los negocios por su tenacidad.

Marie suspiró y lo miró. Gran error. Lo tenía demasiado cerca.

– No tiene nada que ver contigo.

– Marie, será mejor que me digas si te encuentras mal porque, cuando me haya ido, a ver quién va a cuidar de ti. No sé por qué, pero no me imagino a Jason haciéndote sopita de pollo y poniéndote el termómetro –dijo tocándole la frente—. No estás caliente.

Hasta que la había tocado, claro.

– Será un poco de resfriado – mintió ella.

– Jason dice que ayer te pasó lo mismo.

– Jason es un bocazas.

– Se preocupa por ti.

– Sí, seguro – dijo Marie sintiéndose un poco mejor.

Tener a Luke cerca le había calmado el estómago, pero tenía mucho sueño.

– Tienes náuseas, sueño... Marie...

– Ya sé por dónde vas y no me gusta – le advirtió ella.

¿No le gustaba? ¿A ella? Vaya, qué bien. Era la segunda vez que Luke se veía en aquella situación en su vida y a él tampoco le gustaba. ¿Otro bebé que no era suyo? ¡Claro que cómo iba Marie a saber que Carolyn tampoco era suya!

– ¿Existe la posibilidad? – le preguntó.

Marie suspiró.

– Sabías que tu hermano y yo nos habíamos separado, ¿verdad? – dijo sentándose.

– Sí, pero estabais juntos cuando ocurrió el accidente.

– Me llamó y me prometió que no iba a volver a irse con otras mujeres –le contó Marie tocándose el pelo—. No quiero hablar mal de los muertos. Además, era tu hermano.

– Adelante – la instó Luke.

– Lo cierto es que Wade no era exactamente un hombre maduro.

¡Vaya! ¿De verdad?

—Yo tampoco lo era cuando me casé con él. Mi abuelo intentó hacérmelo ver, pero... bueno, entonces creí que estaba enamorada de él. La verdad es que no tenía ni idea de la vida. Confundí atracción física con amor. Al principio no veía más allá de los músculos de Wade y estoy segura de que él se casó conmigo por mis... bueno, da igual, ya sabes. Fue muy duro cuando descubrí que más allá del plano físico nuestra relación hacía aguas por todas partes. Tu hermano era un adolescente en un cuerpo de hombre. Conducía a toda velocidad, bebía demasiado, se empeñaba en decirme que el problema lo tenía yo, que fuera yo a un terapeuta, se iba con otras mujeres constantemente...

—¿Por qué volviste con él? —le preguntó Luke sinceramente sorprendido.

—Porque, a pesar de que me casé muy joven, creía en lo que estaba haciendo, así que quería luchar por nuestra unión. Wade me dijo que me fuera, que no era lo que él se esperaba, que detrás de mi cuerpo no estaba la mujer que él esperaba. Me dejó tan destrozada que pedí cita para reducirme los pechos. Cuando se enteró, me llamó histérico y me pidió que volviéramos. Sinceramente, creí que se merecía otra oportunidad y, bueno... eh... ya sabes... nos acostamos. Al fin y al cabo era una reconciliación, ¿no?

—Sí —dijo Luke preocupado—. ¿Me estás diciendo que puede que estés...?

—No lo sé... No soy tonta. Lo último que quería en aquellas circunstancias era un hijo, así que lo obligué a ponerse preservativos, pero... una noche... bueno, se rompió.

—¿Se rompió? —repitió Luke.

Marie asintió con solemnidad.

—Entonces, no lo sabía, pero ya estaba con otra. Aquella misma semana faltó por tercera vez consecutiva a la cita con el consejero matrimonial y dos días después se chocó contra aquel árbol. Estaba borracho y... acompañado por otra mujer. A ella no le pasó nada. Incluso fue al entierro y me dio el pésame. Me dijo que había tenido mucha suerte por tener un marido tan divertido y que sabía cómo disfrutar de la vida. Qué amable, ¿eh?

—Madre mía —dijo Luke mirándola fijamente.

—Sí, en fin... Así que supongo que sí, podría estar embarazada, pero... ¿solo por una vez?

Luke se quedó en silencio unos segundos.

—Esto es muy fuerte.

—Dímelo a mí.

—¿Dónde estáis? —dijo Jason desde la cocina—. La enana ha terminado de cenar. Gracias por haberme dejado solo ante el peligro, pero he sobrevivido. La enana está sana y salva. ¿Qué hago con ella ahora?

—Ya voy —contestó Marie levantándose.

Luke la agarró del brazo.

– ¿Qué?

– Tengo que pensar sobre esto.

– ¿Eh? No tienes nada en lo que pensar – dijo Marie –. No es asunto tuyo.

– ¿Marie? ¿Luke? No pienso quedarme toda la noche con la enana – protestó Jason.

– ¿Cuánta leche ha tomado? – le preguntó Marie.

– No lo sé. Lo que había en el vaso.

– No es suficiente – dijo Marie –. Dale la tapioca que hay en el horno.

– ¿Cuánto le doy?

– Media taza o un poco menos.

– ¿Cuánto exactamente y dónde está el medidor?

Marie sintió que se le acababa la paciencia.

– ¡Jason, no estamos en clase de química! No hace falta tanta precisión. Simplemente ponle un poco de tapioca en un cuenco y dáselo. Mete el dedo primero para comprobar que no esté muy caliente...

– Sí, claro...

– Hazlo, Jason – intervino Luke –. Si no, ya sabes que nada de coche. Ahora vamos – añadió mirando a Marie –. Lo primero es que te hagas la prueba.

¿Cómo se había metido en aquel lío? ¿Por qué no podía ser más como su hermano? ¿Por qué le había tocado ser el mayor y, por tanto, tan responsable?

– Si estás... embarazada, tendrás que tomar vitaminas y cosas para que el bebé esté sano, ¿no?

Marie lo miró fijamente. Si se hacía la prueba y daba positivo, todo sería de verdad. ¿Y si diera negativo? ¡Sí, claro, seguro! ¿Cuál era la otra alternativa? ¿Leucemia? Casi prefería el embarazo, gracias, y era cierto: debía cuidarse.

– Me voy a tomar un poco de tapioca de postre – anunció yendo hacia la cocina.

Capítulo 5

Luke se quedó hasta que terminaron de limpiar la cocina. Dejaron que Carolyn «ayudara» a colocar las sillas y a lavar los platos. Al final, terminó empapada de agua con detergente, lo que no dejaba de tener sus ventajas, porque así no habría que bañarla aquella noche.

Además consiguió que Jason, tras mucho protestar, participara quitando la mesa.

Volvió a casa al atardecer y acostó a la niña, que estaba cansada, le leyó un cuento, le dio un beso en la frente y apagó la luz.

Una vez abajo y aunque no solía beber más que una cerveza de vez en cuando, se sirvió un vaso de *whisky*. Se lo llevó a su estudio y puso un CD de música *rock*, se sentó en su butacón de cuero y colocó los pies sobre la mesa para pensar en su vida.

Maldijo y se dio cuenta de que no debía hacerlo jamás delante de la niña. ¿Qué ocurriría si Carolyn lo dijera delante de las madres de sus amiguitas en el parque? Habría condenado a su hija a una vida de marginalidad.

Dio un buen trago al *whisky*, que le quemó el gástrico al bajar. Se quedó un buen rato a oscuras escuchando la música. Era un tanto ridículo escuchar *rock* a volumen bajo, así que se imaginó que estaba a toda potencia.

Sentía ganas de tirar algo, pero no le serviría de nada. Sería un acto inmaduro, y luego tendría que recogerlo. Además, la niña podría cortarse o hacerse daño si no lo recogía bien.

La verdad era que el consejo de Marie de que tenía que ser un buen ejemplo para su hija le había hecho mella. ¿Tendría que llevarla a misa? No sabía ni dónde estaba la iglesia. ¡Si se acababa de instalar en aquella casa! Por no tener, no tenía ni pijamas. Tendría que comprarse alguno al día siguiente para no pasearse desnudo delante de la pequeña.

Había pedido un mes en el trabajo para poner su vida en orden con la llegada de Carolyn, pero estaba empezando a sospechar que no iba a ser suficiente. Había infinidad de cosas que hacer.

¿Qué hacer con Marie, por ejemplo?

Como no tenía suficientes problemas, ¿verdad?

—Seguro que está embarazada —decidió en voz alta—. Con la suerte que tengo últimamente, seguro que está embarazada. ¿Y qué hago entonces?

¡Qué terror! Una niña de dos años y un bebé recién nacido y ninguno de los dos era suyo.

—Esto no es justo —se oyó murmurar.

Le pareció oír la contestación de su madre. «¿Y quién te ha dicho que la vida sea justa?»

¿Qué sabía él de cómo educar a una niña tan pequeña? Parecía que a Marie se le daba bien, pero él no tenía ni idea. Sin embargo, se le daba bien Jason, que era la pesadilla de su sobrina.

¿Y si se los cambiaran? No, qué locura.

Se bebió lo que le quedaba de *whisky* de un trago y se estremeció. Se miró la mano en la que tenía el vaso. Era una mano fuerte... sí, pero no tan fuerte como la de su hermano. Cierto que Wade tomaba esteroides y él no, pero eso a las chicas, que perseguían a su hermano sin tregua, les daba igual.

Qué celos había tenido.

Se miró el antebrazo. Estaba bien, ¿no? ¿No estaría un poco borracho? ¿Y el bíceps? Estupendo, ¿eh? Todo forradito de vello negro.

— Bien porque no soy King Kong, que sería horrible — musitó —. A las mujeres les gustan los hombres sin mucho pelo, ¿no?

Marie había dicho que había caído rendida ante los bíceps de Wade, ¿no? ¿Y qué le parecerían los suyos? Tan buenos como los de su hermano, por lo menos.

— Y tengo unos tríceps fenomenales también — añadió flexionando el brazo.

Definitivamente estaba algo bebido.

— No tomo esteroides porque no me gusta tener cuello de toro y no poder abrocharme el primer botón de la camisa. ¿Y qué? Prefiero entrenar.

Iba normalmente al gimnasio y sabía que tenía un cuerpo bien definido que era la envidia de muchos. Entonces, ¿por qué últimamente solo atraía a las féminas de dos años?

«Demasiado trabajo», decidió sin dejar de flexionar el brazo.

— Se me marcan las venas y todo — dijo orgulloso —. ¿Por qué no se vuelven locas por mis bíceps?

Qué ridículo. Sabía que si una mujer lo hiciera la consideraría superficial y vacía. Ya, pero estaría bien que le dijera que se moría por su cuerpo, ¿eh?

Se fue a la cama con la esperanza de que el día siguiente fuera mejor porque peor le parecía imposible que pudiera ser.

Carolyn se puso a saltar en su cama a las cinco y media de la mañana.

— Papá, papá, pipí — gritó.

Luke intentó abrir los ojos.

— Carolyn, cariño, ¿eres tú?

— Papá, papá, pipí — repitió la niña apremiada.

Luke consiguió reaccionar, agarró a la pequeña como si fuera un balón de rugby y corrió en dirección al baño como si fuera la portería.

¿Quién le iba a decir a él que era capaz de correr tanto a aquellas horas? Suspiró aliviado al llegar.

Se dio cuenta de que su vida había cambiado radicalmente cuando se sorprendió sonriendo ante el sonido de algo más que pipí que acompañó a este.

—Muy bien, pequeña —le dijo cuando Carolyn hubo terminado.

—He sido buena, ¿eh?

—¿Cómo, hija?

—He aguantado toda la noche. Me merezco algo...

¿Había aguantado tantas horas? ¡Angelito! ¿Venderían sábanas impermeables? Recordaba que él no, por supuesto, pero Wade las había utilizado hasta los ocho años. Sonrió malévolamente. ¿Y si se le escapara ese dato delante de Marie? Se había muerto por sus bíceps, ¿eh? ¿Y qué sabría de su vejiga?

Luke tomó a Carolyn en brazos y se tumbó en la cama. La niña apoyó la cabeza en su hombro.

Luke suspiró. Una mujer en su cama, por fin. No era exactamente el tipo de mujer que se había imaginado, pero no estaba nada mal. La abrazó y la tapó. Era demasiado pronto para levantarse. Seguro que Carolyn se volvería a dormir en breve.

Media hora después se dio por vencido. La pequeña estaba completamente despierta gracias a un pájaro que no dejaba de cantar justo en la ventana. ¿Qué hacía? ¿Tal vez llamar a su pareja? ¿Estaba sorda o qué?

—Si algún día me caso y mi mujer me llama así, la mato —le aseguró a su hija.

¿Y si fuera Marie? Entonces, ¿qué? Entonces, no le importaría, ¿verdad? Todo sería estupendo con Marie entre los brazos.

¿Se estaría convirtiendo en un ser tan superficial como su hermano?

—¿Me pones a Ariel, papi? —preguntó Carolyn encantada.

Luke prefería pegarse un tiro.

—¿Y si desayunamos primero? —le dijo intentando una huida a la desesperada—. Ya sabes que no es recomendable ver la tele durante las comidas. Hay que aprovechar esos ratos en los que la familia está reunida para hablar y esas cosas...

—¡Ariel! ¡Ariel!

Luke se levantó, tomó a la niña en brazos y la bajaron a la cocina. Le sirvió un vaso de leche y otro de zumo y se dijo que tenía que comprar unos cuantos vasos con pajita para no tener que pasarse todo el día recogiendo lo que derramaba Carolyn.

Se preparó un café y se sentó a tomárselo mientras observaba a la niña. Eran las siete menos cuarto de la mañana.

—Va a ser un día muy largo —suspiró.

– ¡Ariel!

«¡Ayuda!», pensó Luke descolgando el teléfono aun a riesgo de que lo pudieran tildar de débil.

– ¿Marie? Soy Luke.

La encontró completamente despierta. Le debía de gustar madrugar de verdad.

– ¿Qué planes tienes para hoy? ¿Ir a la residencia en la que está tu abuelo? No le tratan bien, ¿eh? Si quieres te acompaño; mi tía trabaja allí –se ofreció esperanzado–. ¿Qué te parece si te recojo dentro de una hora?

Para entonces, serían las ocho, una hora un poco más normal. Además, Luke prefería ayudar a que lo ayudaran.

– Muy bien, nos vemos dentro de un rato, entonces –se despidió antes de colgar.

Recogió la cocina en diez minutos, le puso la televisión a Carolyn. Estaban emitiendo «*Barrio Sésamo*» en el canal infantil. ¿Qué era aquel pájaro tan grande? Madre mía. ¿Seguro que aquello era para niños?

Suspiró y fue a ducharse y a afeitarse. Había llegado el momento de enfrentarse a otro día. Era valiente y fuerte. Podría con ello.

Era un cobarde y un débil. Probablemente se habría suicidado para la hora de cenar. Eso era lo que estaba pensando una hora después mientras conducía hacia casa de Marie. Era las ocho menos cuarto de la mañana y el valiente y fuerte de Luke DeForest necesitaba ya una siesta. Una niña de dos años lo había batido. Qué humillación.

Llamó al timbre. Al oír la ir hacia la puerta, notó que la mitad inferior de su cuerpo recobraba la fuerza. ¿Qué hacía allí? ¡No debería haber ido! Marie significaba problemas, estaba más claro que el agua, y lo peor era que le daba igual.

– Hola – saludó Marie –. ¿Qué te pasa? – añadió al verlo con el ceño fruncido.

¿Además de que sentía que su vida era un asco?

– Nada, es que ha sido una mañana muy larga – contestó Luke.

Marie lo miró sorprendida.

– Pero si no son ni las nueve.

– A mí me parece que son ya las cinco de la tarde – apuntó Luke pasándose los dedos por el pelo –. Lleva despierta desde las cinco y media.

– Tienes suerte de que le guste madrugar – comentó Marie.

Luke la miró como si se hubiera vuelto loca.

– Te lo digo en serio. No sabes lo que me ha costado sacar hoy a Jason de la cama para que fuera al colegio. Y solo lleva dos semanas de curso... Ha sido como la Tercera Guerra Mundial. ¿Yo qué culpa tengo de que le haya tocado estudiar el *Mercader de Venecia* de Shakespeare y de que su profesor sea un idiota?

—No llegar tarde al colegio es responsabilidad suya, Marie, no tuya. Dile que se ponga él el despertador y, si no, es su problema. Cuando lo castiguen a ir un par de sábados por la mañana, ya verás cómo aprende. No dejes que te meta en líos que no te atañen.

Marie lo miró muy seria.

—¿Sabes qué? Tienes razón. ¿Cómo no se me había ocurrido? Así aprenderá a ser responsable. Ya va siendo hora, tiene casi dieciséis años. Gracias, Luke.

—De nada —contestó él—. Conseguir que Jason vaya al colegio es muy fácil comparado con lo que he tenido que soportar yo esta mañana.

—¿De verdad?

—Sí —contestó mirando a Carolyn, que estaba muy tranquila chupándose el dedo—. Para empezar, casi se hace pipí en la alfombra de mi dormitorio. Se tomó un vaso entero de agua cuando se lavó los dientes antes de meterse en la cama y, claro, así se ha despertado de pronto... No sé, voy a tener que comprar sábanas impermeables para proteger el colchón y algo para la alfombra. Tal vez tenga que poner un rollo de hule o algo parecido para cubrir todo el suelo.

Marie puso los ojos en blanco.

—Eso es ridículo.

—Claro que no —se defendió Luke—. Las alfombras tienen que estar limpias para que no pille ninguna infección.

—Ya, pero, ¿no sería más fácil que no la dejaras tomarse un vaso de agua antes de meterse en la cama? ¿Hizo pipí antes de irse a dormir?

—Eh...

—¿Por qué no la vigilas un poco para que no beba demasiado por la noche?

Qué maravillosa idea. Luke estaba empezando a darse cuenta con cierto disgusto de que Marie y él formaban un equipo estupendo. Aquella mañana a él no le habría costado nada mandar a Jason al colegio de una patada en el trasero y seguro que Marie habría sabido qué hacer con Carolyn.

—Lo intentaré —gruñó haciendo que Marie creyera que su sugerencia no había sido bien recibida cuando la verdad era todo lo contrario.

—Muy bien. ¿Nos vamos?

—¿Dónde? Ah, sí, a la residencia... —contestó Luke.

—Mira, si no te apetece venir, no hace falta que vengas —dijo Marie de mal humor—. Carolyn y tú os podéis quedar...

—¡No! —la interrumpió Luke aterrorizado—. Quiero decir que no, que es bueno para los niños estar con personas mayores, ¿verdad? —se apresuró a añadir—. Vamos —concluyó yendo hacia el coche.

—Qué coche tan bonito —comentó Marie una vez dentro.

—Sí, un sedán de cuatro puertas azul oscuro... Precioso... —contestó Luke.

Obviamente le estaba diciendo que se veía obligado a conducir aquel vehículo por su culpa. Aquello puso a Marie a la defensiva inmediatamente.

—¿Qué pasa con tu abuelo? —dijo Luke cambiando de tema—. ¿Por qué no le gusta la residencia?

—Se queja de una enfermera, que por lo visto es maleducada y brusca. A ver si tu tía la conoce y puede hacer algo para que no se ocupe de mi abuelo.

—A ver qué se puede hacer —dijo Luke—, porque, si se la quitan a tu abuelo y se la ponen a otro, tampoco es la solución. Tal vez lo mejor sería que la mandaran a tomar por...

—Shh —lo interrumpió Marie mirando a la niña, que iba medio dormida en el asiento de atrás.

—Uy, perdón. No lo he dicho, ¿eh?

—A ver si tienes más cuidado —lo reprendió Marie.

—Ya he pedido perdón.

Luke era tan petulante como Jason. Marie puso los ojos en blanco y no volvió a hablar hasta que llegaron a la residencia.

—¡Abuelo! ¿Qué tal estás?

El abuelo de Marie levantó la cabeza desde la cama y sonrió.

—Vaya, vaya, mira quién ha venido.

Marie lo abrazó y lo colmó de besos.

—Te veo mejor. Tienes buen color.

—No estoy como para irme a bailar, pero, sí, me encuentro mejor. A no ser cuando me llevan a la tortura que ellos llaman irónicamente rehabilitación, ya casi no me duele —le dijo acariciándole la mano—. La próxima vez que vengas, tráeme las facturas. Quiero ver lo que me cobran en este sitio por esa maldita rehabilitación. Seguro que es una fortuna. Seguro que hay sitios más baratos.

—Abuelo, no te alteres. Estás aquí porque te caíste, así que tranquilo. El doctor Mackley dijo que esta era la mejor residencia de la ciudad.

—Eso lo dice porque él nunca ha estado aquí. No sabes las cosas que nos hacen. Por no mencionar a la enfermera esa de la que te he hablado...

—¿Cuál es el problema con ella?

—Es descendiente directa del Marqués de Sade —contestó su abuelo—. De verdad. No hay otra explicación. Es una sádica. Creí que me iban a tener que traer a la habitación en ambulancia y tienen la caradura de llamarlo rehabilitación.

Marie pensó que Luke iba a tener razón después de todo. Había que deshacerse de aquella mujer. La quería ver fuera de allí cuanto antes. Despedida.

Luke carraspeó.

Marie lo miró. Estaba junto a la puerta con Carolyn en brazos, esperando a que los presentara.

– Uy, perdón. Pasa, Luke. Abuelo, supongo que te acordarás de Luke DeForest, el hermano mayor de Wade. Os conocisteis en la boda. Jason y yo... nos lo encontramos hace un par de días y... bueno, nos hemos visto bastante desde entonces.

– ¿Ah, sí? – dijo su abuelo mirando a Luke.

– Sí – contestó Marie –. Y la niña es Carolyn, su adorable hija. Su madre ha muerto hace poco y se ha venido a vivir con Luke hace poco. ¿Te suena la historia, abuelo?

– Los niños se adaptan rápido, Marie, y tú lo sabes mejor que nadie. Carolyn es mucho más pequeña de lo que eras tú, así que no tendrá problema. De todas formas, perder a los padres es muy duro, da igual la edad a la que ocurra.

– Luke, te presento a mi abuelo, Ray Fort.

Luke se acercó y estrechó la mano del abuelo de Marie. Había visto hostilidad en sus ojos cuando su nieta le había dicho de quién era hermano y sintió esa misma hostilidad en sus dedos.

– Es un placer volver a vernos, señor.

– Eso está aún por ver.

– ¡Abuelo!

– Lo siento, pequeña, pero su hermano no se portó bien contigo. Te maltrató.

– Wade no tenía ni idea de lo que era el matrimonio, pero nunca me puso la mano encima, abuelo, y lo sabes.

– Claro que lo sé, pero te maltrató psicológicamente, hirió tus sentimientos. No niegues ahora que te costó mucho superar tanto sufrimiento porque lo vi con mis propios ojos y no me pidas que dé la bienvenida a su hermano con los brazos abiertos hasta que no sepa si era Wade la única manzana podrida o había contagiado ya a todo el cesto.

– No seas exagerado.

– No pasa nada – apuntó Luke –. Lo entiendo perfectamente.

Ray Fort se encogió de hombros. A pesar de lo que acababa de decir, a Luke le cayó bien. Era un hombre sincero y eso siempre era de agradecer.

– Me queda un cuarto de hora antes de que vengan a buscarme para llevarme de nuevo al infierno. ¿Qué tal te va con Jason?

– Estupendamente – mintió Marie –. Nos llevamos como uña y carne.

Luke la miró sorprendido.

– Jason no se lo está poniendo fácil.

—¿Por qué tenías que decirlo? —le recriminó Marie—. No quería preocupar a mi abuelo. Tiene que ponerse bien.

—¿Y tú? —dijo Luke—. Mírate. Estás pálida y delgada. Cómo si tu abuelo no se fuera a dar cuenta. Se ha roto la cadera, no la cabeza. No es tonto.

—Claro que no es tonto, pero no le tenías que haber...

—Basta, basta —intervino Ray—. Que me van a echar. Ojalá, la verdad —añadió incorporándose un poco—. Marie, tu amigo tiene razón. Sé cómo es Jason. No es un chico fácil. Me cuesta admitir que haya sido gracias a un DeForest, pero me alegro de que este tema haya salido por fin a la luz. Cuéntamelo todo, no le tapes. Vamos a planear algo.

En aquel momento, apareció una mujer muy grande y fuerte en la puerta. Era de una belleza rara, con pelo negro y ojos marrones. Irradiaba energía.

—Hay que andar un poco para que no se te atrofien los músculos, Ray —anunció.

—Sobre mi cadáver —aulló el abuelo de Marie—. Además, no me llames Ray. Soy el señor Fort —añadió volviéndose hacia su nieta—. Es esta, es esta —le dijo—. Dice que se llama Betty, pero yo creo que es más bien Bruenhilde o algo así.

Marie tomó aire y se giró hacia la malhechora en cuestión.

—Hola, tía Bet —lo oyó decir a Luke.

Capítulo 6

Marie se giró hacia Luke con los ojos como platos.

—¿Esta es tu tía? ¿El dragón? ¡Pues sí que estamos bien! ¿Y tú me ibas a ayudar a mejorar la situación de mi abuelo? Fuiste tú, con otras palabras más groseras, el que dijiste que la despidieran, ¿recuerdas? Bueno, no pasa nada. Puedo ocuparme yo sola —estalló Marie. Acto seguido se giró hacia Ray—. Ahora ya sabes la respuesta a tu pregunta: es todo el cesto, abuelo.

—Cálmate, Marie —dijo Luke—. Te estás poniendo histérica.

—¿Histérica, yo, cretino? No estoy histérica. No me he puesto histérica ni una sola vez en la vida. Jason tendría que haberte dado más fuerte. Si llego a saber que eras tú, le digo que acelere a fondo.

Luke supuso que a Marie no le gustaría que le dijera que se sentara y se callara. Con las mujeres había que tener más tacto.

—Toma aire. Muy bien. Esto no es bueno para el be... para la tensión —dijo corrigiéndose sobre la marcha.

Miró al señor Fort para comprobar si se había percatado de su lapsus, pero el hombre se lo estaba pasando demasiado bien viendo cómo lo defendía su nieta como para pararse a escuchar lo que decía él.

—Ojalá hubieras tratado igual al musculitos cabeza de chorlito con el que estuviste casada —apuntó Ray.

Luke puso los ojos en blanco y miró al techo.

—Te llamas Marie, ¿verdad? —intervino su tía—. ¿Te importaría que saliéramos un momento a hablar al pasillo? —añadió agarrándola del brazo y sacándola por la fuerza, aunque con delicadeza, de la habitación—. Luke, no sé qué demonios haces aquí, pero me alegro de verte. Ray, tú no te muevas.

—Ja, ja.

—Muy bien, no pierdas nunca el sentido del humor —apuntó Bett antes de salir.

Luke y Ray se quedaron mirándose hasta que el primero carraspeó y rompió el silencio.

—Menudo genio tiene su nieta —comentó—. No la conozco muy bien, la verdad, pero no me lo esperaba.

Ray asintió pensativo.

—Si tiene algún defecto es que es demasiado comprensiva. Deja que los demás la pisoteen, no dice nada, se lo traga todo. Tuvo una infancia muy insegura, supongo que lo sabrás. Su padre la abandonó a su madre y a ella, y luego mi hija murió. Se vino a vivir con nosotros. También murió su abuela y tuvo que aceptar a mi siguiente esposa y a nuestro hijo, Jason. Mi esposa también murió y se volvió a quedar sin la

figura materna... Es cierto que Marie no suele ponerse así. No estaba enfadada. Había algo más.

Luke sabía perfectamente de qué se trataba. Las hormonas del embarazo. Le habían dicho que una mujer en su estado podía resultar peligrosa si se sentía atacada y Marie acababa de demostrar que así era.

– Bájame, papá – pidió Carolyn.

– Sí, cariño, pero no toques nada.

La niña se quedó dos segundos pegada a su pierna, pero enseguida comenzó a explorar.

– Vaya, vaya, qué guapa eres – sonrió Ray cuando se le acercó—. La familia de tu padre no me cae muy bien, pero he de reconocer que sois muy guapos. ¿De dónde has sacado esos ojazos marrones? De papá, no, eso seguro. Él los tiene azules. Tu madre tenía los ojos marrones, ¿verdad?

Luke se quedó petrificado. Maureen tenía los ojos azules, exactamente igual que él, así que de haber tenido hijos en común habrían tenido irremediamente los ojos azules. Los ojazos marrones de Carolyn eran de su padre biológico, que no era él, claro.

Porque él jamás había tocado a Maureen. No, lo único que había hecho era tenerle lástima, lo que le había enseñado las locas consecuencias de la compasión. Tenía que aprender a soportar las lágrimas de una mujer como fuera.

No podía seguir derrumbándose cada vez que una mujer se ponía a llorar. En aquellos momentos, sin ir más lejos, estaba hecho un manojo de nervios.

– Sí, los ojos son del otro lado de la familia – comentó ausente.

De un lado tan lejano que ni él mismo conocía.

– Te gusta mi cama, ¿eh? – dijo Ray.

Carolyn lo miraba fijamente con el dedo en la boca.

– ¿Quieres subir?

Carolyn se lo pensó, miró a Luke y levantó los brazos.

– ¿Te importaría subirla? – dijo Ray—. Todavía no puedo agarrar pesos.

Luke tomó a su hija en brazos y la dejó en la cama.

– No por mucho tiempo – comentó—. Está usted muy bien.

Ray acarició el pelo de la pequeña.

– Ya va siendo hora de que me den el alta. Estoy preocupado. Soy la única persona que Marie ha tenido siempre a su lado y me estoy haciendo viejo. Ya no tengo la fuerza y la energía de antes.

– Y eso le asusta – comentó Luke—. ¿Por eso se lleva mal con mi tía? ¿Le frustra y le asusta que las cosas no vuelvan a ser como antes? ¿Cree que por tener

que estar aquí recuperándose ha abandonado a Jason y a Marie, y que cuando salga será una carga para ellos?

Ray lo miró fijamente.

—No lo había pensado, pero puede que tengas razón. No tengo miedo. Estoy preocupado, eso es todo. Por último, no seré una carga cuando salga. Ya lo soy.

Luke sintió la tensión en las palabras del anciano. ¿Quién se creía que era? ¿San Jorge? Cualquiera lo hubiera dicho porque, últimamente, no hacía más que encontrarse con dragones a los que había que matar.

—No se preocupe —lo tranquilizó tocándole el hombro—. Ya verá como todo se arregla. Ray, ¿qué pasa con mi tía, por cierto? La conozco de siempre y nunca me ha parecido una mujer cruel ni grosera. Es seria, eso sí, pero no me la imaginó haciéndolo sufrir adrede.

Ray suspiró y accionó el mando para levantar la parte superior de la cama. Sonrió al ver que Carolyn se reía encantada.

—La maldita rehabilitación duele —murmuró—. Me hacen mucho daño y no sé si sirve de algo. Si sirviera, ¿por qué llevo tantas semanas en cama? Y tu tía está siempre de buen humor. Demasiado buen humor. ¿Tiene que sonreír mientras me tortura? Parece que le gusta verme sufrir o que quiere recordarme que ella controla la situación. Tu tía es... es... bueno, da igual. Odio ser un viejo inútil delante de ella. No te puedes imaginar lo que me fastidia.

Luke lo vio claro.

—Le gusta. Es eso, ¿verdad? A por la tercera, ¿eh? Increíble. Quiero ser como usted de mayor, Ray, es genial.

—No digas tonterías. ¡Pero si es una bruja! ¿Cuántos años tiene, por cierto?

—Ya, y dice que no le interesa...

—Maldito chico. Todavía no estoy muerto, ¿sabes? ¡Pues claro que me gustan las mujeres guapas! Aunque me cueste la vida, voy a intentar adueñarme de ese cuerpo, por supuesto. ¡Y si me muero, será con una sonrisa en los labios! —rió.

Luke se quedó perplejo. Al abuelo de Marie le excitaba su tía. El mundo civilizado estaba a punto de extinguirse, pero entendía perfectamente lo que le ocurría a Ray, entendía a las mil maravillas lo que era estar obsesionado con un cuerpo femenino.

Aun así, lo reprendió.

—Ray, le recuerdo que está hablando de mi tía, así que un poco de respeto.

—Te aseguro, hijo, que respeto profundamente el físico de Betty.

Aquello era de locos. El abuelo de Marie se moría por los huesos de su tía. Solo imaginárselos juntos se le ponían los pelos de punta.

Ray suspiró melancólico.

—Bueno, da igual. No tiene importancia —comentó.

¿Cómo que no? ¡Pero si Luke estaba como si le hubieran dado una patada en el estómago!

—No puede salir bien. Soy demasiado mayor, es una pena. Cuando me miro al espejo y veo al viejo en el que me he convertido, no me reconozco. Bueno, el tiempo pasa para todos. No soy peligroso para tu tía —sonrió amargamente—. ¿Y qué ha pasado con Jason? ¿A qué se refería Marie con eso de que te dio?

—Ah, eso, nada, no se preocupe Ray. Un golpecito entre su coche y el mío. Marie y yo ya hemos hablado con las aseguradoras, pero ella lo que quiere es que usted se ponga bien.

—Ya basta con eso, por favor —protestó el anciano—. ¿Qué ha pasado?

—Creo que sería mejor que se lo preguntara a Marie.

—Te lo estoy preguntando a ti.

Luke miró aquella cara arrugada, pero fuerte. Estaba claro que había sido siempre un luchador y seguía siéndolo. Aunque Marie no quería preocuparlo con nada, ¿no lo ayudaría a recuperarse antes tener algo por lo que pelear?

—El sábado me choqué en el aparcamiento del centro comercial contra Marie. Bueno, más bien fue su hijo quien se chocó contra mí —contestó.

Al cabo de unos minutos había puesto al día a Ray de lo acaecido aquella semana. Tras considerarlo brevemente, incluso le habló de las náuseas de Marie porque pensó que la posibilidad de un nieto lo alegraría.

—Maldita sea.

—Sí —asintió Luke—, pero si no le importa... —añadió mirando a Carolyn—. Marie dice que hay que tener mucho cuidado con lo que se dice delante de los niños pequeños.

La niña estaba encantada en brazos del abuelo de Marie, que sonreía atontado.

—Sí, tiene razón. No quedaría bien que una ricura como esta jurase como un marinero.

Cuando Marie entró en la habitación, se encontró a su abuelo con Carolyn en brazos. Ambos reían como locos y Luke los observaba sonriente.

Marie se quedó petrificada. Nunca había visto a Luke sonreír así. Qué guapo estaba. ¿Y su abuelo? ¿Cuánto tiempo hacía que no lo veía tan feliz? Por no hablar de Carolyn, que se lo estaba pasando en grande.

Todas aquellas sonrisas la pusieron nerviosa.

—¿Qué pasa?

—Absolutamente nada —contestó su abuelo.

Marie no se lo creyó.

—¿Luke?

Luke se encogió de hombros.

– Ya has oído a tu abuelo. Solo estábamos jugando con Carolyn. ¿Por qué tiene que pasar algo?

– Ya – contestó Marie con incredulidad –. Bueno, en cualquier caso, abuelo, he estado hablando con Betty y me ha dicho...

– Ya lo sé, ya lo sé – la interrumpió Ray –. Que hay que hacerlo. Esta mujer habría hecho un buen papel en la Inquisición. Disfruta demasiado con su trabajo, pero voy a ir a rehabilitación. Seguiré quejándome, te lo aseguro, pero voy a cooperar.

Betty asomó la cabeza y sonrió.

– Muy bien, Ray.

Este elevó los ojos al techo.

– Te vas a enterar tú uno de estos días – le aseguró –. Ahora estoy cojo, pero ya verás. Bueno, Carolyn, se acabó el paseo. El abuelo Ray se tiene que ir a la cámara de tortura. Pero puedes venir a verme siempre que quieras, ¿de acuerdo?

Marie miró a su abuelo preocupada.

– Si quieres, me quedo – le propuso.

– No, no. Lo que sí quiero que hagas es cerciorarte de que la aseguradora hace bien los papeles del golpe de Jason. Menuda prima me va a tocar pagar. Le dices a mi hijo de mi parte que, cuando salga de aquí, lo voy a poner a arreglar la casa entera para pagarme esto. Vámonos, Betty, que tenemos un montón de cosas que hacer. Tengo que volver cuanto antes a casa. Me necesitan.

– Abuelo, no sé qué te habrá dicho Luke, pero puedo hacerme cargo perfectamente de la situación...

Luke le dio un codazo en las costillas y Marie lo miró estupefacta.

– ¿Qué?

– Luego – contestó Luke en voz baja.

Ambos se quedaron hasta que Betty trasladó a Ray de la cama a la silla de ruedas y se lo llevó.

– ¿Qué pasa? – dijo Marie agarrando a Carolyn de la mano mientras iban al ascensor.

– Tu abuelo es un hombre orgulloso.

– Pues claro y tiene razones para ello.

– No le gusta que lo veas como un inútil. No quiere que ni siquiera Betty, que es casi una desconocida, lo vea así.

– ¿Por qué?

– Porque le gusta – contestó Luke entrando en el ascensor.

– ¡Anda ya! – exclamó Marie.

– Te prometo que es cierto.

– Madre mía – susurró.

– Sí.

No había más que decir.

Fueron al centro comercial y Marie ayudó a Luke a escoger libros para la niña.

– Dicen que es bueno que vean arte, así que elige los que tengan mejores ilustraciones – le aconsejó.

Al cabo de un rato tenían más de diez cuentos en las manos.

– Yo creo que ya está bien, ¿no? – apuntó Marie.

– No, no, me toca leérselos a mí, así que quiero variedad. No sé cómo podía Maureen leerle una y otra vez los mismos – añadió refiriéndose a los dos cuentos que acompañaban a Carolyn el día que se la habían entregado.

– No parece que tuvieras mucho en común con su madre – comentó Marie con cautela.

– Cierto.

– Entonces, ¿cómo...? Perdón, no es asunto mío – dijo sonrojándose por completo.

Era obvio que si una pareja no se entendía en el plano intelectual ni emocional, se entendía en el sexual, así que la tal Maureen debía de haber sido un bellezón.

– Estupideces – musitó—. Nos iría a todos mejor si nos diéramos duchas de agua fría más a menudo.

– No sirven de nada – le aseguró Luke pagando.

Él lo sabía bien. Se había dado unas cuantas desde que la conocía.

Menos mal que a ella no le había tocado una hija en gracia como recordatorio de una relación basada en el sexo. Luke iba a tener que cuidar de Carolyn toda la vida. Menos mal que ella...

– Porras – se dijo a sí misma decidiendo que tenía que hacerse la prueba del embarazo.

Era muy posible que estuviera embarcada en la misma aventura que Luke. No le hacía ninguna gracia tener algo en común con la familia de Wade.

– Maldita sea – dijo tapándole los oídos a la niña.

– ¿Qué? – preguntó Luke con curiosidad.

– Nada, estaba pensando en alto...

– Uy, Carolyn está empezando a lloriquear – apuntó Luke.

– Tendrá hambre. ¿Quieres que comamos?

– ¿Seguro que es eso?

– Lo sabremos en breve – contestó Marie yendo hacia una cafetería.

Pidieron pechugas de pollo, patatas fritas y limonada. Marie le cortó la comida a la niña en trozos muy pequeños, que se abalanzó sobre ella con las manos.

– Tenía hambre, efectivamente – apuntó Marie.

– Eso parece – dijo Luke –. Qué salvaje.

– Cuando crezca un poco vamos a tener que enseñarle a comer con un poco más de educación – sonrió Marie.

¿Qué había dicho? Miró a Luke, que parecía aliviado y... ¿enfadado?

– Quería decir que...

– No, no, lo has dicho, así que cuento contigo para enseñarle a comer con cuchillo y tenedor.

Luke había sido independiente siempre. Había sido Wade el que había necesitado ayuda constantemente y él se la había dado orgulloso, pero aquella situación podía con él, lo que le enfadaba.

– Antes de irnos, ve a la tienda y cómprate una prueba de embarazo – le indicó a Marie.

Luke no podía creerse lo que acababa de decir. No quería saber si estaba embarazada. Tendría que haber agarrado a su hija y salir corriendo de allí, alejarse de Marie, contratar a una niñera. Había mucha gente en el mundo. Seguro que alguien, además de Marie, sabía qué hacer con una niña de dos años.

Pero había prometido llevar a Jason a conducir.

¿Estaba loco? ¿Dónde estaba su instinto de supervivencia?

El suspiro de Marie lo devolvió a la realidad.

– Lo sé. Tienes razón, tengo que hacerlo. No querer enfrentarme a la realidad no va a hacer que las cosas cambien.

Luke se conocía. Sabía que, si Marie estaba embarazada, sus problemas iban a aumentar. Nunca había ignorado sus responsabilidades y no lo haría. El que hacía eso había sido Wade, no él.

Pero Marie era su viuda. Si lo necesitara, él estaría allí. Así de sencillo. Aunque no le gustara... Miró a su hija, que se estaba metiendo un puñado enorme de patatas en la boca y miró al techo, era lo que había.

Además, ¿qué era una condena de dieciocho años cuando uno ya tenía una de por vida?

– Dios.

– ¿Qué?

– Nada – contestó agachándose a recoger unos cuantos trozos de pollo.

– A mí me parece que te pasa algo – insistió Marie.

– No tiene importancia – mintió.

¿Cómo que no? ¡Iba a tener casi cincuenta años cuando su hija y el futuro hijo de Marie se fueran de casa! Para entonces sería canoso y tripudo. ¿Qué bombón iba a fijarse en él?

¿Y a quién le importaban los bombones teniendo a Marie? Aquella situación se la servía en bandeja de plata. ¿Qué más podía pedir? Era duro admitir que no era mucho mejor que su hermano.

Marie se revolvió incómoda ante el escrutinio de Luke. ¿Se habría tirado ketchup por la blusa?

—¿Has terminado? —le preguntó exasperada.

—¿Perdón? Ah, sí —contestó Luke confuso—. Casi no has comido —añadió mirando su plato.

—No tendría que haber pedido nada con grasa —contestó Marie—. Me da náuseas.

Luke hizo una mueca. Náuseas, ¿eh? ¿Otra vez? Sentencia de muerte. Si Marie no estuviera embarazada al final, adoptaría a veinte niños más, prometido.

Ojalá fuera suyo. ¡No! Qué confusión.

Se levantó y limpió la carita de Carolyn.

—¿Te importaría llevarla al baño de señoras? —le preguntó a Marie—. No quiero que vea ciertas cosas en el de señores. Luego, vamos a la tienda —concluyó secamente.

Marie se preguntó por qué había cambiado de humor tan de repente.

—No me importa en absoluto llevar a la niña al baño, pero si te tienes que ir, ya voy yo a lo de la prueba —contestó.

—No, estamos todos en el mismo barco, así que vamos.

Tras llevar a Carolyn al baño, Luke la escoltó hasta la tienda. De hecho, fue él quien encontró la prueba de embarazo, no Marie.

—¿Necesitas algo más?

—No —contestó Marie sonrojándose.

—Pues vamos.

Al llegar a su casa, Marie se bajó del coche con la bolsa de la tienda en la mano.

—Muchas gracias por traerme. Ya hablaremos mañana y...

—No, vamos a entrar contigo —la interrumpió Luke.

¿Cómo? ¿Quería quedarse en la puerta del baño mientras ella...? No, de eso nada.

—No es necesario —le aseguró—. De verdad.

Luke abrió la puerta del conductor y sacó a Carolyn del coche.

—Luke, no...

Luke ya estaba en la puerta de su casa. Maldito cabezota.

– Venga, abre, que Carolyn pesa lo suyo – le pidió.

Marie se rindió y abrió la puerta.

Tras acomodar a la niña en el sofá con la manta y varias almohadas, Luke se sentó en la butaca de flores en la que se solía sentar su abuelo y la miró.

– ¿Y bien?

– ¿Y bien qué? – dijo Marie.

– Hazte la prueba.

– Luego – contestó Marie dejando la bolsa sobre la mesa –. Primero quiero hablar de mi abue...

Luke quería saber qué iba a ser de su futuro y tenía que ser cuanto antes.

– Ahora.

Qué marimandón. Qué cretino. Marie se cruzó de brazos y lo miró fijamente.

Luke se puso de pie y le puso la prueba de embarazo en la mano.

– El suspense me está matando. Te prometo llevar a Jason a conducir esta tarde en cuanto llegue del colegio.

Aquello era vergonzoso. Apenas conocía a aquel hombre. Marie suspiró. ¿Iba a llevar a Jason a conducir? Bueno, eso merecía la pena. Subió las escaleras.

Diez minutos después, Luke pensó en subir también. ¿Por qué tardaba tanto? ¿Estaría vomitando? ¿Se habría desmayado?

Se estaba levantando de la butaca cuando apareció Marie.

– ¿Luke? – dijo en voz baja para no despertar a Carolyn.

– ¿Sí? – contestó él sintiéndose como un hombre que se enfrenta al pelotón de fusilamiento.

Marie lo miró resignada.

– ¿Qué?

Marie no articulaba palabra.

– Positivo, ¿no? – apuntó Luke.

Marie asintió.

– Azul – dijo por fin.

Luke se desplomó en la butaca.

Azul.

Marie estaba embarazada. Iba a ser padre. De nuevo. Maldición.

Capítulo 7

—Sólo se puede hacer una cosa —sentenció Luke.

—No pienso deshacerme de él —contestó Marie a la defensiva—. No sé cómo me las voy a apañar, pero todo va a salir bien —añadió rezando para que así fuera.

Marie debía calmarse y él también, pero lo primero era lo primero.

—Claro que todo va a salir bien. No me estaba refiriendo a abortar. Conociéndome como me conoces, deberías saber que yo nunca te habría sugerido algo así.

—Pero si apenas te conozco.

Pero lo iba a conocer y en profundidad.

—Tienes que calmarte —le indicó Luke—. Los enfados no le sientan bien al bebé. Si está en tensión ahí dentro, nacerá con reflejo permanente de alerta. Ya no se puede hacer nada, así que no ganamos nada poniéndonos nerviosos.

Buen consejo. Debería seguirlo él también.

—Dios nunca te manda más de lo que puedes soportar —apuntó Marie como si estuviera recitando el catecismo.

—Te cierra una puerta, pero te abre una ventana, ¿no?

—Exacto —contestó Marie paseándose por el salón—. Aunque no entendamos por qué, da igual, no importa. Lo que cuenta es que tienes que jugar la partida de la vida con las cartas que tienes. No te puedes rendir.

Luke puso los ojos en blanco mientras Marie repetía un cliché tras otro. Cielo santo.

—Bien, jugaremos con las cartas que tenemos —dijo por fin—. Nos casamos cuanto antes. Menudo órdago, ¿eh? —añadió en un ataque de magnanimidad que estaba seguro de que Marie apreciaría.

—Tienes que dejarte llevar, que tomarte las cosas con tranquilidad, que... ¿Qué has dicho?

—He dicho que nos casemos —repitió Luke.

Sí, sí, y así podría cumplir como un buen marido todas las noches. Cielos, era un depravado. Bueno, estaba bien, lo dejaría en que no le supondría ningún sacrificio dormir a su lado, pero aquello no hacía que su gesto fuera menos noble. Marie necesitaba que alguien la cuidara y allí estaba él, que siempre había sido un caballero al servicio de los demás. El asunto del sexo sería... un beneficio como otro cualquiera por un servicio altruista bien cumplido.

Marie no salía de su asombro.

—¿Qué? —repitió.

Era imposible que le acabara de pedir que se casara con él. No con aquel ceño en la cara.

– Ya me has oído – contestó Luke irritado –. No pienso repetírtelo por tercera vez.

– Cuando un hombre le pide a una mujer que sea su esposa...

– No te lo estoy pidiendo – la interrumpió él –. Estábamos jugando a las cartas, ¿recuerdas?

Marie lo ignoró.

– Cuando un hombre le pide a una mujer que sea su esposa, lo suele hacer de forma amable – le reprochó. De todas formas le habría dicho que no, pero se lo podía haber pedido con más alegría, ¿no?

Su vida con Wade había sido un infierno, pero al menos su propuesta de matrimonio había estado acompañada de flores y de champán, aunque todavía no tenían edad para beber. Wade había escondido el anillo en un trozo de chocolate. Aquello sí que había sido romántico.

Estaba visto que Luke no tenía ni idea de las fantasías románticas de las mujeres. Luke tenía la misma sensibilidad que un elefante en una cacharrería.

– No digas tonterías – dijo Luke agarrándola del brazo, irritado ante su falta de gratitud.

– Vaya, esta sí que es buena. ¿Pretendes que me case contigo llamándome tonta?

– Marie, es la única solución, así que sé sensata.

– ¿Sensata? Me parece a mí que eso es exactamente lo que estoy siendo. No nos conocemos apenas y, además, no sé si me gustas siquiera.

– No pasa nada. Tú a mí tampoco me gustas demasiado, pero da igual. Estamos hablando de matrimonio, no de amor.

Marie decidió que Luke estaba loco. Era la única explicación, así que decidió hablarle lentamente para que no se pusiera nervioso y no la atacara.

– ¿Estás loco? ¿Se te ha ido la cabeza? ¿Acabamos de decir los dos que no nos gustamos mucho y sigues insistiendo en que nos casemos?

Luke la miró con disgusto. Era imposible razonar con aquella mujer.

– Dadas las circunstancias, sí.

– No me lo creo – apuntó Marie levantando las manos –. Luke, para que lo sepas, para casarse te tiene que gustar, por lo menos, la otra persona. Puede que estén locos, pero la gente se casa por amor.

– Como tú con Wade.

– Sí, así. No me habría casado con tu hermano si no hubiera creído que lo amaba.

–Y... ¿cuánto os duró?

–Muy bien, me confundí porque no sabía muy bien lo que era el amor, pero aun así...

Luke la agarró del brazo.

–Marie, hay una canción que dice que hay que casarse cuando la pasión está al rojo vivo, pero te diré que, cuando ese fuego se termina, solo quedan cenizas. Lo único que nosotros haríamos es saltarnos el primer paso y sería por una buena causa.

–A ver si lo he entendido. ¿Me estás diciendo que nos saltaríamos todas esas tonterías de enamorarnos y cuidarnos e iríamos directos al grano, cuando ya no nos queremos y pasamos el uno del otro? ¿Eso es mejor que lo que tienen los demás?

Luke comenzó a pasearse.

–Las hormonas no te dejan pensar con claridad.

–Luke, ten cuidado, porque no sé si mi pobre corazón va a poder soportar tanto romanticismo – se burló, poniéndose una mano en el pecho.

Aquello lo molestó de verdad. Él nunca había sido Wade, que era capaz de sacarle punta a una gota de lluvia, cierto. El era mucho más responsable y serio. ¿Por qué las mujeres no veían que iba directo al grano, sin dar vueltas ni contar mentiras?

Cierto que no sabía decir cosas bonitas, pero era un hombre realmente responsable. ¿Eso no contaba?

Estaba dispuesto a ir todas las noches a cenar a casa, a hacer la cena, a no oler a alcohol ni al perfume de otra mujer. No se gastaría el sueldo con los amigos, sacaría la basura los martes... ¿Sacar la basura? Debía de estar volviéndose loco.

–¿Cuántos años tienes?

–Veintitrés, pero...

–Deberías haber dejado de creer en esas estupideces ya.

¿Qué estupideces? ¿El amor? ¿Quién podía no creer en el amor? Era necesario. Daba igual la edad que se tuviera.

–Hace solo unos cien años que amor y matrimonio van unidos. Si has estudiado historia, sabrás que la gente se casaba por conveniencia, por dinero, contactos políticos y cosas así.

–No soy una Kennedy, así que te puedes ir olvidando de los contactos políticos. En cuanto al dinero, no tengo. Me temo que no has tenido suerte.

–Puede que yo no, pero tú sí. Mira, podrías dejar de trabajar y quedarte cuidando al niño. De paso, si te quedas con el tuyo, podrías quedarte con la mía también. Carolyn se te da mucho mejor a ti que a mí.

Marie lo miró con los ojos muy abiertos.

¿Quería casarse con ella para tener niñera gratis permanentemente? ¡Canalla!

—Espera, déjame terminar —dijo Luke leyéndole el pensamiento. Tenía que pensar en algo más que en Carolyn y en el deseo que sentía por Marie—. Podrías cuidar de Carolyn si decidieras quedarte en casa, pero, si quisieras trabajar, ya encontraríamos otra solución... Mi casa tiene la habitación de invitados en la planta baja. Podríamos instalar en ella a tu abuelo, que no tendría que subir así escaleras — se sentía inspirado—. Podríamos alquilar esta casa y así tu abuelo tendría más ingresos.

Marie se preguntó si Luke no se sentiría terriblemente solo. De lo contrario, ¿cómo explicar que estuviera dispuesto a instalar a toda su familia en su casa?

No pudo evitar sentir compasión por él. Además, ¿qué culpa tenía él de no saber decir las cosas bien, de no saber comunicarse? Lo importante era que era un hombre con un gran corazón.

—No nos podemos olvidar de Jason —estaba diciendo Luke.

«Ojalá», pensó Marie.

—Sin ánimo de ofender, a mí se me da mejor ese diablo que a ti. Te podría ayudar con él. Al menos con el carné de conducir.

Aquello era tentador.

—Luke, todo esto está muy bien, pero...

—No he terminado.

—Por Dios.

—Un minuto. Me queda lo más importante.

—¿Qué es?

—El bebé, Marie, el bebé —contestó Luke en tono obvio—. Soy responsable de ese bebé porque es de mi sangre. Por cierto, ¿no deberías estar sentada y con los pies en alto? A las embarazadas se os hinchan las piernas, ¿no? Por lo menos Maureen se quejaba de eso.

—No te preocupes por mis piernas ni por el bebé. No es responsabilidad tuya. No es carne de tu carne ni sangre de tu sangre. Si hubieras estado allí en el momento de su concepción, me habría dado cuenta, te lo aseguro.

¡Vaya que se si se habría dado cuenta!

—Marie...

—No, ahora te toca a ti escucharme. ¿Te crees que no me doy cuenta de lo que pasa? Tienes complejo de caballero de cuento de hadas o algo así. Me ves como a una damisela en apuros y tienes razón, pero las princesas de hoy en día nos salvamos solas, no nos quedamos sentadas esperando al príncipe azul. Te agradezco tu preocupación, pero tú ya tienes bastante con lo tuyo. Tu hermano, aunque viviera, no habría hecho lo mismo, te lo aseguro, pero de todas formas ya me las apañaré como pueda.

—No sería la primera vez que me haría cargo de los platos rotos de otro, ¿sabes? Mira, Marie... —se interrumpió para mirar a su hija y se llevó a Marie a la

cocina—. Te voy a poner un vaso de leche. Tienes que tomar mucha leche, ¿no? —añadió abriendo el frigorífico.

—Muy bien, me beberé el vaso de leche y pondré los pies en alto, pero no me pienso casar contigo.

—No te estarías aprovechando de mí —le aclaró Luke—. Te lo pido yo.

—Aun así...

—Aun así, nada —concluyó Luke sirviendo dos vasos de leche—. Te tengo que contar una cosa.

—Eres homosexual, y si te casas conmigo podrías disimularlo de cara a los demás. No, gracias.

Luke la miró estupefacto.

—Era una broma —rió Marie.

—Pues a mí no me ha hecho gracia.

—Ya lo veo... Cuéntame.

—Carolyn no es mi hija —confesó.

—Ya.

—Te lo digo en serio.

Marie se atragantó con la leche al ver que era cierto.

—¿Cómo? —tosió.

Luke se levantó y le dio unos cuantos golpes en la espalda.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, pero no me des más —contestó Marie—. No es bueno hacer eso, ¿sabes? Era una antigua creencia, pero se ha descubierto que es contraproducente.

—¿Ves? ¿ves? ¿Y si le pasa a Carolyn y no lo sé y la mato? Marie, te necesito.

Ya estaba. Era eso. La necesitaba. Exactamente.

Marie sintió que el corazón le daba un vuelco. ¿La necesitaba? ¿Cuánto? No, no, mejor no pensar en ello.

—¿De verdad que Carolyn no es tuya?

—Es mía de corazón y me la voy a quedar, pero... —se puso a abrir los armarios de la cocina en busca de algo dulce.

¡Galletas! Estupendo.

—¡Luke, no me puedes dejar con la intriga! ¿Pero qué?

Luke se sentó en la mesa y devoró una galleta de un mordisco.

—Voy, voy. Has estado en mi casa. Ya has visto que no hace mucho que vivo aquí. Antes he estado en Fort Wayne y en Kalamazoo.

Marie tomó una galleta y lo miró como pidiéndole que fuera directo al grano.

—Paciencia —dijo Luke—. Por cierto, no sé si te viene muy bien comer galletas... ¿No prefieres una manzana o una naranja? —añadió poniéndose en pie de nuevo.

—Te doy diez segundos, y si no te mato —dijo Marie.

Luke sonrió y le dio una manzana.

—Muy bien. En Kalamazoo trabajé con una chica llamada Maureen.

—La madre de Carolyn.

—Exacto. Era la recepcionista. Debía de haber terminado el colegio hacía un par de años. Era un encanto, hablábamos de vez en cuando al salir y al entrar y esas cosas.

—Erais conocidos.

—Exacto, pero nunca le puse la mano encima.

—Pero alguien lo hizo.

—Sí, su novio, del que estaba enamorada. Durante unos seis meses la vi radiante y, de repente, un día apareció con el diamante más grande que te puedas imaginar.

—¿Era de verdad?

—¿El diamante? No, no creo. Todos supusimos que era una circonita, pero nadie se lo dijo. Daba igual. El caso es que ella creía que se iba a casar.

—¿Y entonces? —preguntó Marie comiéndose la manzana.

—Un día apareció con la cara amoratada.

Marie enarcó una ceja.

—Ya me imagino por qué.

—Dijo que se había resbalado en una acera helada y que se había caído. Era invierno y la creíamos. Un par de semanas después los moratones se le habían quitado y todo parecía haber vuelto a la normalidad, pero ya no tenía la chispa de siempre.

—Ya...

—Luego pidió una baja por enfermedad. Faltó tres días. Cuando volvió traía un ojo morado. Creía que nos iba a engañar con el maquillaje, pero no hay manera de esconder esas cosas, ¿sabes? Había cambiado de forma de vestir y todo. Iba siempre muy tapada, con cuellos vueltos y camisas de manga larga. Pensé que sería para tapar más moratones, pero me dije que era una locura. Aun así, un día la invité a comer y hablé con ella. Le dije que, si aquello se lo había hecho la persona con la que se iba a casar, no merecía que casara con él, que la iba a hacer todavía más desgraciada y la llevé a los servicios sociales.

—¿De verdad?

—¿Qué otra cosa iba a hacer?

—No, no, hiciste lo correcto —lo tranquilizó Mane agarrándole la mano—. La gente no suele preocuparse tanto por los que les rodean, ¿sabes? Sobre todo, no se suele meter en asuntos tan desagradables.

Luke se revolvió incómodo.

—Lo cierto es que le devolvió la circonita. La molestó unos días, pero una orden policial fue suficiente para mantenerlo alejado.

—¿No lo volvió a ver?

—Bueno, no hasta que descubrió que estaba embarazada.

—¿De Carolyn? —exclamó Marie.

—Sí... Vino a hablar conmigo histérica. ¿Por qué siempre me hacéis las mujeres lo mismo? Llevo fatal lo de las lágrimas.

Marie le acarició el brazo.

—Porque somos muy malas, pero te prometo que yo no te lo haré nunca. Sigue.

—La volví a llevar a la asistente social y confesó que estaba muerta de miedo porque creía que si su ex se enteraba de que estaba embarazada iría por ella. Una cosa era que la pegara a ella y otra que le hiciera daño al niño. Un día vino a verme y me pidió permiso para poner mi nombre en los datos del padre en el registro.

—¿Por qué no puso «de padre desconocido»?

—Porque temía que su ex se diera cuenta entonces de que era suyo. Si ponía los datos de otro hombre, no la molestaría y no podría reclamar al bebé.

—¿Y tú dijiste que sí? —preguntó Marie con incredulidad.

—No me pareció grave. Maureen solo quería proteger a su hijo, nunca me pidió dinero, de hecho, aunque se lo habría dado... Lo cierto es que me destinaron a Fort Wayne poco después y nunca conocí al niño. Me fui antes de que ella volviera tras la baja de maternidad. No supe nada de ella en tres años. Ya casi me había olvidado del asunto cuando, de repente, bum, una notificación del Departamento de Menores y Familias para que me pase a recoger a mi hija. Maureen había muerto. Evidentemente no tenía parientes y, como mi nombre estaba en la partida de nacimiento de la niña, aquí estoy... convertido en padre al instante.

—Menos mal. Piensa en cómo podría haber terminado la pobre criaturita con su padre biológico.

—¿Qué hay del padre que tienes ante ti? ¿Por qué no me llamas a mí pobre?

Marie se levantó para tirar el corazón de la manzana a la basura.

—Porque no necesitas mi compasión. Tú puedes con Carolyn tranquilamente —contestó con sinceridad.

Aquel hombre no solo era fuerte físicamente. Le acababa de demostrar que también lo era psicológicamente. Aquello le causaba admiración.

En ese momento oyeron un ruido bastante fuerte procedente del salón.

— ¡Carolyn! — exclamaron al unísono.

Al llegar, Luke vio que la niña se había caído del sofá. No estaba llorando, pero sí parecía confundida.

Se acercó a ella con el corazón en un puño y la abrazó.

— ¿Qué pasa, pequeña? ¿Te has caído? — dijo en tono tranquilo para no alarmarla—. Si quieres puedes seguir durmiendo en las almohadas del suelo, ¿eh? — añadió acariciándole la espalda.

— Papá.

— Dime.

— ¿De quién es esta casa?

— De Marie — contestó Luke en voz baja rezando para que se volviera a dormir—. Tienes sueño, ¿verdad? Sigue durmiendo la siesta. ¿Qué te parece si cuando te despiertes hacemos galletas con Marie?

La niña sonrió y cerró los ojos. Luke se quedó un minuto más acariciándole la espalda, le dio un beso, se levantó y se giró.

Al hacerlo, se encontró con Marie mirándolo con una sonrisa bobalicona en los labios.

— ¿Qué? — dijo sonrojándose.

— Nada — contestó ella—. Eres muy dulce.

Luke se sintió insultado. ¿Cómo podía decirle la mujer con la que se quería acostar que era dulce? ¿Por qué no tío bueno, macizo, o algo así?

— No digas tonterías — le espetó—. No hay nada dulce en mí.

— Si tú lo dices — dijo Marie—. Sin embargo, me gustaría apuntar que estás saliendo del salón de puntillas para no despertarla.

— No es por ella sino por mí — protestó Luke—. Si se despierta, estoy perdido. ¿No te acuerdas de cómo se puso el día que la fuimos a recoger? Pues eso fue porque la despertaron de la siesta. No quiero que se ponga así de nuevo, ¿entiendes?

— Completamente.

— Cállate.

Marie sonrió mientras lo seguía hacia el pasillo.

— ¿Quieres un café? — le preguntó una vez en la cocina.

— Sí — contestó Luke—. ¿A qué hora llega Jason?

— Dentro de media hora — contestó Marie mirando el reloj mientras ponía la cafetera.

Luke asintió.

— Si te quedas cuidando a Carolyn, me llevo a Jason a conducir en cuanto llegue.

—De acuerdo. Haré galletas con ella. Seguro que Jason está encantado con la idea —apuntó sacando dos tazas, la leche y el azúcar.

Luke iba a decir lo bien que olía el café cuando Marie se apoyó en la encimera con cara de ir a vomitar.

—Agg —se quejó.

Luke se levantó a toda prisa.

—¿Qué te pasa? ¿Te vas a desmayar? No me hagas esto.

Marie se quitó la mano de la boca.

—Ha sido un error —contestó mirando la cafetera—. El olor del café me mata. Quítalo, por favor.

—Al café no le pasa nada. Huele de maravilla. Eres tú, bueno, el embarazo. Te da asco el olor del café porque estás embarazada —contestó Luke tirando el café al fregadero y abriendo la ventana.

—Luke, ¿qué pasa en realidad? —le preguntó casi sin energías—. Te he visto con Carolyn y te las apañas muy bien tú solo. Cuando tengas que volver a trabajar, buscas una buena guardería y ya está. Por lo demás, lo haces muy bien.

—Sí, pero queda mucho.

—Sí, pero lo harás estupendamente.

—Puede, no sé...

No quería reconocer ante Marie que le daba pánico la posibilidad de hacerlo mal y de que, por su culpa, Carolyn creciera con traumas psicológicos o algo parecido.

—Sí, y supongo y que tú podrás con tu abuelo, con Jason y con el bebé sin mí, pero, ¿de verdad te parece tan mal ayudarnos el uno al otro? Al fin y al cabo, eso es lo que hay que hacer, ¿no? Ayudar al prójimo. La humanidad se basa en la cooperación, ¿no? Un individuo solo no puede hacerlo todo. Los compañeros lo ayudan. Yo fabrico cestos y tú tienes grano. Dame un poco de grano, yo te doy un cesto para que lo lleves. Luego cambias un poco más de grano por agua, por ejemplo —dijo Luke encantado de su explicación.

Cielo santo. Acababa de convertir su propuesta de matrimonio en una clase de sociología. Marie lo miró un buen rato. Serio resultaba irresistible.

—Muy bien —dijo por fin.

—¿Muy bien qué? —dijo Luke.

Marie asintió.

—Quiero que sepas que tengo mis serias dudas, pero muy bien, me caso contigo.

—Estupendo —dijo Luke—. Te prometo que no te arrepentirás.

«Ni yo tampoco», pensó.

Capítulo 8

En cuanto el olor a café se hubo disipado, Marie se arrepintió de haber aceptado la propuesta de matrimonio de Luke. ¿En qué estaba pensando? Ya tenía dos hombres difíciles en su vida. ¿Para qué quería un tercero? Sobre todo cuando era el hermano de su marido muerto. ¿No había aprendido nada sobre los hombres de aquella familia? Desde luego, la mujer era el único animal que tropezaba dos veces en la misma piedra.

¿Cómo decirle a su prometido que había cambiado de opinión cuando le había dado el sí no hacía ni diez minutos?

Y ella que se creía adulta y madura. ¿Cómo era que no podía abrir la boca?

– Eh, Luke...

– Ya he llegado – anunció Jason desde la puerta –. ¿De quién es ese coche...? Ah, Luke, eres tú. ¿Qué tal estás? – añadió dejando la mochila en el suelo –. ¿Me llevas a conducir? Tengo el permiso aquí mismo.

– Jason, recoge esa mochila – intervino Marie.

– Sí, sí, luego.

– Carolyn está durmiendo, así que, por favor, habla más bajo.

Jason ni se molestó en contestar. Abrió el frigorífico y agarró el cartón de leche, una manzana, una bolsa de zanahorias y un yogur.

– Nunca hay nada de comer – se quejó tomando una caja de galletas de un armario –. Tienes que hacer compra, Marie.

– Jason, deberías intentar ser un poco más agradable, ¿no crees? – lo reprendió su sobrina –. No puedes entrar por la puerta y soltarle a Luke como si tal cosa que te lleve a conducir.

– ¿Por qué no? – contestó Jason bebiéndose la leche directamente del cartón.

– ¡Jason!

– ¿Qué pasa ahora?

– ¡Ponte un vaso! Y marca ese cartón para que los demás no bebamos de él.

– ¿Por qué? No estoy enfermo ni nada. Servirme un vaso es una pérdida de tiempo. Si utilizo uno, me vas a decir que lo tengo que lavar y te vas a enfadar cuando no lo haga. Estoy intentando ahorrarnos una discusión. Si te paras a pensarlo, me deberías dar las gracias por beber del cartón – contestó Jason en lo que a él le debía de parecer una lógica aplastante –. No sé por qué te parece de mala educación pedirle a Luke que me lleve a conducir. ¿Qué tengo que hacer? ¿Hablarle del tiempo antes? No es tonto, ¿sabes? Supongo que ya se habrá dado cuenta de que hace calor. ¿Qué va a hacer aquí si no esperarme para llevarme a conducir? No es por nada, pero no creo que haya venido a verte a ti, así que, cuanto antes nos vayamos, antes podrá salir el pobre de esta casa. Yo, desde luego, me iría si pudiera...

El aludido carraspeó. Desde luego, Jason estaba ciego.

—La verdad es que, a parte de ti, hay en esta casa un par de personas interesantes, ¿sabes? Tu sobrina... qué raro me suena decirlo... Bueno, lo cierto es que tu sobrina y yo nos vamos a casar.

A Jason estuvo a punto de caérsele el cartón de leche de las manos.

—¿Qué? —exclamó sorprendido mirándolos a ambos—. Es una broma, ¿no?

Marie disfrutó del momento inmensamente. No todos los días se tenía la oportunidad de ver a un adolescente quedarse sin palabras.

—No, no es broma —apuntó a pesar de que casarse por fastidiar a su tío le parecía completamente infantil.

Tampoco era tan difícil de asimilar, ¿no? Luke y ella se iban a casar y punto.

—Os vais a...

Jason no se lo podía creer.

—No puede ser...

—¿Por qué? —le preguntó Luke.

—No, por nada —contestó el adolescente—. Casaros y que os vaya bien, que seáis muy felices. Papá y yo ya nos las arreglaremos...

—Jason...

—¿Esperarás hasta que le hayan dado el alta, Marie, por favor?

—Jason, no me voy a ir.

—¿Ah, no?

—No, bueno, sí, pero el abuelo y tú os venís conmigo.

—Marie, no te sueles llevar a la familia cuando te casas. La gente, de hecho, se suele casar por eso. Para librarse de su familia.

Luke pensó que aquel chico tenía mucho que aprender.

—No siempre —le dijo—. Marie y yo no tenemos ninguna intención de dejaros a tu padre y a ti tirados. Hemos decidido que a Ray le convendría vivir en una casa más cómoda y, por eso, os vais a venir a la mía. Los pasillos son más anchos, los baños más grandes y su habitación estará en el piso de abajo.

—No sé...

Luke se encogió de hombros.

—Es el mismo barrio, así que no tendrías que cambiar de colegio y tengo un equipo de música increíble —le dijo sacándose las llaves del coche del bolsillo—. ¿Vamos a conducir?

Jason corrió hacia la puerta, pero Luke le hizo retirar primero la mochila del suelo y recoger la merienda antes de irse.

Marie suspiró y le dijo adiós con la mano. Nada más cerrar la puerta, apareció Carolyn con su mantita rosa a cuestas.

–Hola, cariño, ¿has dormido bien?

–¿Y papá?

–Ha salido con Jason, pero volverán muy pronto.

La niña hizo un puchero.

–¿Te apetece que les hagamos la cena? Seguro que tienen hambre cuando vuelvan –mintió.

Como a Luke le pasara como a ella, tras una tarde en el coche con Jason, iba a volver con náuseas y frío. ¿Debería encender la calefacción?

–Yo también tengo hambre –contestó la niña.

–La siesta da hambre, ¿verdad? Claro. ¿Quieres que hagamos galletas? Carolyn asintió encantada.

–Yo ayudo –dijo.

Marie se arrodilló frente a ella, la abrazó y le dio un gran beso en la frente.

–Gracias. ¿Qué haría sin ti?

Carolyn le rodeó el cuello con sus brazos y la abrazó con la misma fuerza que una boa constrictor.

–Con cuidado, cariño. Marie tiene que respirar.

–Eres divertida –rió la niña.

–¿A papá le gustan las galletas de mantequilla de cacahuete? A ti te vienen bien los frutos secos porque tienen muchas proteínas.

Carolyn asintió entusiasmada.

–Sí, galletas de cacahuete.

Marie sonrió.

–Muy bien.

No habían hecho más que mezclar la mantequilla con el azúcar cuando se abrió la puerta y entró Jason de muy mal humor.

–¿Qué ocurre?

–Creía que tú eras la peor.

Marie cerró los ojos.

–¿Qué has hecho?

–Nada. Solo...

–¿Qué?

–Ese tío está loco. Me he saltado un stop, pero porque no venía nadie, ¿sabes? Solo ha sido un stop y se ha puesto como loco.

– Ya, así que el que se salta el stop eres tú y el que está loco es él, ¿no?

– Sabía que te ibas a poner de su parte. Los adultos siempre os defendéis unos a otros – protestó iracundo—. Te voy a decir una cosa. Conducir no es un privilegio sino un derecho, así que voy a conducir digáis lo que digáis Luke, mi padre, el estado de Indiana y tú.

– Sobre mi cadáver – contestó Marie mientras Jason subía las escaleras hacia su habitación.

Acto seguido, oyó la música a todo volumen.

– Ese chico es un peligro – dijo Luke entrando lívido.

– No ha podido ser para tanto – dijo Marie al borde de la risa—. Si solo habéis estado fuera unos minutos.

– A mí se me ha hecho una eternidad – contestó Luke—. No sé qué se ha apoderado de él. Ha sido como si tuviera que demostrar que él mandaba en la manada o algo.

– Espero no estar hablando con el macho dominante – bromeó Marie.

– Cállate – dijo Luke acariciándole la mejilla, algo que quería hacer desde que la había conocido.

Ya no tenía que controlarse. Se iban a casar, ¿no? Jugarse la vida con Jason al volante era lo malo, pero poder acariciar a Marie era lo bueno. Merecía la pena.

Marie sintió que la sonrisa se le borraba de la cara. Miró a Luke a los ojos y, sin pensarlo, le agarró la mano y apretó su mejilla contra ella.

– ¿Qué ha hecho? – preguntó con apenas un hilo de voz.

Tenía los mismos ojos que Wade, pero aquellos dos hermanos no tenían nada que ver.

– ¿Qué ha hecho? – repitió.

Luke no pudo resistir la tentación de besar a Marie en la frente. El corazón le latía aceleradamente, ya no sabía si del susto con Jason, de la proximidad de su sobrina o de las dos cosas.

– Debía de querer impresionarme quemando rueda, casi atropella a un señor que iba en bici a dos manzanas de aquí y no se habría saltado el stop si no hubiera estado más pendiente de una tal Mary Beth que de la carretera.

Marie suspiró.

– Mira que le he dicho veces que mire la carretera.

– Pues voy a tener que repetírselo yo también.

– ¿Vas a volver a salir a conducir con él? – preguntó Marie sorprendida.

No era lo que a Luke más le apetecía en el mundo, pero había dado su palabra y la había a cumplir. En momentos así deseaba parecerse a Wade.

– ¿Creías que me iba a echar atrás en cuanto las cosas se pusieran feas?

Sí, la verdad era que sí. Se había equivocado y no pudo evitar sonrojarse y sentirse culpable.

—No es problema tuyo, Luke.

—Claro que sí. Es demasiado para ti. Además, ya no estás sola. No lo olvides. Apóyate en mí. No te defraudaré. Soy fuerte. Juntos seremos invencibles.

Aquello de poder contar con alguien sonaba maravilloso.

—Me ha amenazado con llevarse el coche él solo.

—Tonterías.

—No lo sé. Estaba muy enfadado.

—No lo hará, ya lo verás —le aseguró metiéndose la mano en el bolsillo y sacando algo pegajoso.

—¿Qué...?

En ese momento, se apagó la música y apareció Jason, así que Luke se volvió a meter la mano en el bolsillo. El adolescente entró corriendo, agarró las llaves del coche y salió por la puerta antes de que a Marie le diera tiempo a reaccionar.

Luke no le permitió correr tras él.

—Espera, volverá.

No oyeron el motor.

—¿Se lo habrá pensado mejor? —aventuró Marie—. Estaba tan enfadado que creía que iba a ser capaz de...

Luke negó con la cabeza.

—No se lo ha pensado mejor.

—¿Entonces?

Cinco minutos después, Jason abrió la puerta con tal fuerza que Marie creyó que la había sacado de los goznes.

—Dile que lo arregle.

—¿Cómo?

—No juegues conmigo, Marie —le advirtió Jason señalándola—. Sé que ha hecho algo en el coche para que no arranque, así que dile que lo arregle.

Luke sonrió con falsa inocencia.

Marie miró a Jason y luego a Luke. Aquel hombre era un genio. Sonrió.

—Jason, por si no te has dado cuenta, Luke es mucho más grande que yo, así que, ¿cómo quieres que lo convenza si no quiere?

Jason la miró rojo de ira.

—Lo digo en serio, Marie. Se lo voy a decir a mi padre. No le conviene alterarse, ya lo sabes...

Aquello fue demasiado para Luke. Jason se estaba pareciendo demasiado a Wade.

– Llámalo – bramó.

– Eh, Luke... – intervino Marie.

– Venga, llama a tu padre – insistió Luke poniéndose en pie y yendo hacia Jason, que era mucho más pequeño que él –. Te da igual que empeore su situación por tu culpa, ¿verdad? Lo único que te importa es salirte con la tuya. Muy bien, ahí tienes el teléfono.

Jason fue hacia el aparato, pero no lo descolgó.

– Son las cuatro y media. Estará en rehabilitación o algo, seguro. Lo llamaré después de cenar – dijo girándose y mirando a Luke a los ojos –. Soy un hombre y, cuando digo que voy a hacer algo, lo hago.

Parecían dos perros rabiosos.

– Carolyn, nosotras vamos a seguir con nuestras galletas, ¿verdad? – dijo Marie.

– No te muevas – le ordenó Jason –. Quítame a este gorila. Ya sé por qué se quiere casar contigo. Solo para hacerse el fuerte conmigo porque es más grande que yo. Así tiene todas las de ganar, claro. Ya sabía yo que no podía estar seriamente interesado en ti.

Marie suspiró.

– Gracias. Veo que confías en mis cualidades para atraer al sexo contrario. A ver si lo he entendido. ¿Crees que un hombre le pide a una mujer que se casa con él solo para poder hacerle la vida imposible a un chico de quince años? Jason, eso es ridículo.

– Marie...

– Se acabó – intervino Luke –. Marie, Carolyn y tú seguid con las galletas o con lo que queráis. Jason, se acabó pagarla con Marie cuando te dé la gana.

– Tú a mí no me dices...

– Has dicho que eras un hombre, ¿no? – lo interrumpió –. Pues compórtate como uno. Un hombre de verdad sabe canalizar la rabia. No se pone como un loco delante de una niña de dos años, insulta a su inocente sobrina ni la paga con su padre enfermo. Tienes que aprender a controlar tus sentimientos negativos. Un hombre de verdad encuentra una valla que arreglar, unos clavos que clavar o una bola que golpear, pero nunca utiliza la violencia verbal o física.

Jason sacudió la cabeza confuso.

– Marie, ¿se puede saber qué demonios está diciendo?

– No hables así delante de la niña – contestó Marie.

– Vamos – le indicó Luke –. ¿Tienes un banco de pesas?

–No –contestó Jason encantado de arruinar el plan de Luke, fuera el que fuese.

–Da igual. Yo sí tengo uno. Y muchas pesas. Vamos a mi casa. Por cómo estás, me apuesto el cuello a que no eres capaz de hacer más de un par de repeticiones y con poco peso. ¿Cuánto levantas?

–Mucho más que tú, seguro –lo desafió Jason.

–¿Ah, sí? –dijo Luke sacando las llaves de su coche del bolsillo—. Eso ya lo veremos.

–Muy bien, voy a por unos pantalones de deporte –contestó Jason.

–Luke, no te pases... –dijo Marie mientras Carolyn revolvía la mezcla de las galletas.

–No me va a pasar nada –la interrumpió Luke sintiéndose insultado—. Estoy acostumbrado a entrenar. Estoy fuerte. Puedo perfectamente con esa sabandija.

–De eso no me cabe la menor duda. No hay más que ver cómo te quedan las camisetas. O te las compras pequeñas adrede o tienes unos bíceps de morir.

Luke se sonrojó ante el cumplido. ¿Las mujeres también se fijaban en los cuerpos de los hombres?

–Menos mal que tienes cuello –comentó Marie intentando sonar tranquila.

–¿Cuello?

–Sí, ¿no has visto a esos deportistas que se quedan sin cuello de lo fuertes que están? Es horrible.

A Luke siempre se lo había parecido. Por eso no se pasaba demasiado con el ejercicio y jamás tomaba esteroides.

–Pues Wade no tenía cuello –apuntó Luke—. Y te casaste con él.

Marie hizo un gesto con la mano que quería decir que aquello no tenía importancia.

–Lo conocí cuando yo tenía diecisiete años y fue mi primer y único novio. ¿Qué iba a saber yo? Pero si entonces creía que el vinagre era vino –recordó como si hubiera sido hacía un millón de años—. Espero haber madurado desde entonces.

Luke la miró muy serio.

–Te dejo la silla del coche de Carolyn. Veniros a casa cuando quieras y pedimos comida china para cenar.

¿Le importaría preguntar en lugar de darlo por hecho? Los hombres de verdad tenían modales, ¿no?

–Muy bien –contestó.

Le habría gustado quejarse, pero su estómago amenazaba con volver a las andadas y no quería preocuparlo.

Además, apareció Jason vestido de deporte y se fueron.

—Así que los hombres de verdad controlan los sentimientos negativos —dijo Marie en voz alta una vez a solas con Carolyn—. ¿Y los positivos? ¿Tienen también sentimientos positivos? Sí, claro que sí. ¿Son capaces de amar? ¿Son capaces de amar a la viuda embarazada de su hermano con adolescente de quince años y abuelo de setenta y cinco incluidos?

Capítulo 9

Jason y Luke entrenaron juntos y se impresionaron mutuamente. Entre pesas, abdominales y flexiones se entabló entre ellos un cierto respeto.

—¿Estás en algún equipo del colegio? —le preguntó Luke.

—No, el año pasado me echaron del de baloncesto, la lucha libre no es lo mío y el entrenador de fútbol americano es un bestia al que solo le importa ganar aunque sea lesionando a los jugadores. Por cierto, ¿cuántos abdominales más nos vamos a hacer? —preguntó el adolescente cansado—. Llevamos más de doscientos.

Luke quería seguir porque tenía muchas cosas en la cabeza que quería apaciguar. Para empezar acababa de pedirle a la sobrina del delincuente juvenil que tenía ante sí que se casara con él. La susodicha estaba embarazada de otro hombre y tenía un abuelo enamorado en rehabilitación del que también se tendría que ocupar.

Nada más salir de casa de los Fort, se había dicho que, probablemente, necesitaba un psiquiatra. ¿Quería morir o algo parecido? ¿Y si hiciera testamento dejándole semejante panorama a algún otro loco como él? A ver, ¿quién era su peor enemigo?

—¿Luke?

—¿Eh? Ah, sí. Sí, lo dejamos si quieres —contestó poniéndose a hacer flexiones con una mano.

Jason no tuvo más remedio que imitarlo.

—Estás loco, ¿lo sabías? ¿Tú también eras de esos sin cuello como tu hermano?

—No, yo sabía que me iba a dedicar a los negocios y que iba a tener que ir de chaqueta y corbata, con lo cual me tenía que abrochar bien el primer botón de la camisa. Los esteroides eran cosa de Wade. Yo me dediqué a nadar e incluso gané un par de trofeos para el colegio.

—¿De verdad? ¿Y qué tal te quedaba el Speedo?

—Bueno, a las chicas del equipo les gustaba.

—Yo estuve en el equipo de natación hasta séptimo.

—¿De verdad? ¿Y se te daba bien?

—No demasiado, normal y, además, se me quedaba el pelo verde del cloro.

—Eso se arregla lavándotelo bien y usando siempre gorro —contestó Luke—. Deberías volver a intentarlo.

Sí. Si las cosas seguían como en sus tiempos, los miembros de los equipos de natación se levantaban alrededor de las cuatro y media de la mañana, entrenaban un par de horas antes de ir a clase y otro par al salir del colegio, así que estaban demasiado cansados para meterse en problemas. Sí, la solución perfecta para Jason. Así, Marie estaría más tranquila.

Así podrían tener tiempo para ellos una vez casados porque, con un poco de suerte, Jason acabaría yéndose a la cama a las ocho y media, como Carolyn.

¿Y Ray? Bueno, hasta que el anciano volviera de la residencia. Le parecía estar viéndolo. Marie vestida con algo sugerente y con aquellos rizos suyos lanzando destellos pelirrojos junto al fuego. Se relamió de gusto.

Por supuesto habría champán. Y del bueno. Música, claro. Bolero, por ejemplo. No, demasiado corto. Mejor algo más largo. No quería prisas para convencerla de que se quitara esos conjuntos que se ponían las mujeres para volver locos a los hombres.

¿Tendría Marie prendas así? Por cómo vestía no parecía probable. Tendría que regalarle uno como regalo de bodas. Más valía prevenir que curar.

Tras tenerla desnuda, ¿qué tal rociarle los pechos con champán? Y, a continuación, quitárselo con la lengua. Sí, sí, sí. Un momento. Estaba embarazada, así que estaría rellenita, con los pechos hinchados y los pezones desproporcionados. ¿De qué color serían? ¿Rosados? ¿Marrones? ¡Y qué más daba eso! Lo importante era que eran suyos y podía lamerlos y succionarlos tanto como quisiera.

El ritmo de las flexiones fue subiendo por momentos. Luke tragó saliva.

No debería seguir torturándose, pero su mente no quería parar la película. Más champán, más champán... En la tripa, entre las piernas...

– Maldición – murmuró.

– ¿Qué pasa? – preguntó Jason.

– Nada.

– Yo ya no puedo más, ¿eh? Voy a parar. Me rindo. Si quieres puedes arreglar el coche porque no tengo fuerzas para llevármelo.

Luke le dio un golpe amistoso en el hombro. Había ganado, pero no se sentía victorioso. Muy bien, así que ahora era el jefe de la manada. ¿Y? Y todavía le quedaba dar de cenar a Carolyn, bañarla, leerle varios cuentos, sacar a los monstruos del armario y de debajo de la cama. Cielo santo.

Cuando, poco después, llegó Marie con una gran fuente de galletas de mantequilla de cacahuete se encontró a Jason y a Luke convertidos en grandes amigos y hablando, cómo no, del increíble equipo de sonido de Luke.

– No hay quién entienda a los hombres – le dijo a Carolyn, que no paraba de comer galletas.

– Leche – pidió la niña.

Marie le sirvió un vaso mientras se decía que debería llevarse a Jason e irse a casa. Necesitaba tiempo para pensar. ¿De verdad se iba a casar con Luke? Tenía hambre, así que abrió el frigorífico y buscó.

Luke se había ofrecido a pedir cena, pero se debía de haber olvidado y estaba muy atareado hablando con Jason.

—A ver, a ver... Pechugas de pollo, una cebolla... Hmm... Sí, se puede hacer algo —se dijo—. Especias, especias —añadió abriendo varios armarios—. Aja, romero, muy bien.

¿Y si Luke de verdad quería pedir comida china para cenar? Decidió asomar la cabeza por el salón y preguntar.

Pero se lo encontró completamente enfrascado en las maravillas del equipo de sonido que tenía instalado, así que no preguntó nada. Decidió preparar la cena porque ya eran las cinco y media y Carolyn tenía que comer.

Poco después, Luke y Jason entraban en la cocina siguiendo el rastro de la cebollita frita y el pollo empanado.

—Qué bien huele —apuntó Luke—. ¿Qué has preparado? —añadió observando atentamente todo lo que hacía Marie.

—Nada fuera de lo normal. Empanar las pechugas con sal, pimienta y pimentón y sofreirías con la cebolla. ¿Por qué?

Luke se encogió de hombros.

—Jason, pon la mesa —dijo sin dejar de mirarla—. Los platos están justo ahí, donde estás. Que Carolyn te ayude a contar, ¿de acuerdo? Cuidado con el tres, se lo suele saltar. ¿Y ahora qué haces?

—Añadir unas rodajas de limón, un poco de agua y romero.

—¿Y ya está?

—No, luego, se añaden gusanos y cucarachas y se remueve todo bien —le espetó Marie—. Luke, ¿qué te pasa? ¿No te fías de cómo cocino? Te aseguro que nunca he envenenado a nadie.

—¿Cuánto? —preguntó Luke sin hacer caso de su comentario.

—¿Cuánto qué?

—¿Cuánto de agua por ejemplo?

—No lo sé exactamente. Lo que veas. Medio vaso, un vaso...

—¿Medio vaso o un vaso?

—Luke, no lo sé. Aprendí a cocinar con la madre de Jason y ella nunca medía nada. Lo hacía todo a ojo, como yo. Vas echando, probando y rectificando. De verdad, no te engaño. No es tan difícil.

—Pues sí que estamos bien.

—Pues no vuelvo a cocinar para ti y ya está.

—No digas tonterías, me gusta cómo cocinas.

—¿Por qué no ayudas a Jason y a Carolyn?

—Porque te recuerdo que estoy en mi cocina.

—Muy bien. Entonces, ayúdame a mí —propuso Marie—. Pon agua a hervir para hacer unos guisantes.

—¿Cuánto de agua?

—¡Suficiente para que no se peguen!

—No hace falta que me grites.

—¡Ahh!

—Para estar a punto de casaros, no parecéis la típica parejita enamorada, ¿sabéis? —intervino Jason—. Dejad de gritaros. Vais a hacer que la princesita de las galletas de cacahuete se ponga a llorar. Hemos contado todo lo que hay a la vista y, no es por nada, pero a esta niña no se le dan bien las matemáticas, ¿eh? No hemos llegado bien ni a cinco.

—Jason, ¿has puesto servilletas? —preguntó Marie.

—¿Para qué?

—Para nada, claro —suspiró Marie retirando la sartén del fuego.

—¿Qué haces? —preguntó Luke alarmado.

—¿A ti qué te parece? Servir la cena.

—No puedes levantar pesos. Ya lo hago yo.

—¿Cómo dices? ¿Te crees que no puedo con una sartén de pollo?

—Exacto. Niños, id a lavaros las manos. Jason, ayuda a Carolyn, ¿de acuerdo?

—¿Para qué hay que lavarse las manos? Vamos a comer con cuchillo y tenedor, ¿no?

—Jason —le advirtió Marie—. Lo dice de broma —sonrió cuando el chico se hubo ido—. Se ducha tres veces al día, de verdad.

A Luke le daba exactamente igual, como si Jason quería comer con los pies.

—¿Estás bien?

—La verdad es que no —reconoció tocándose la tripa.

¿De verdad había una vida allí dentro?

—Siéntate —apuntó Luke solícito—. Ya me ocupo yo de servir. Tú ya has hecho bastante.

Jason lo miró como si fuera un extraterrestre. ¿Los hombres ayudaban en la cocina? Marie se sentó y cerró los ojos hasta que el olor de la comida le indicó que Luke había servido a todo el mundo.

Al abrir los ojos, se encontró a Jason devorando su plato de pollo.

—Jason, por favor, modales.

—¿Qué pasa ahora?

—Hay que cortar, dejar el cuchillo, pasarse el tenedor a la mano derecha y comer —le explicó por enésima vez.

—¡Qué pérdida de tiempo!

– Así, ni vas a tener novia ni te vas a casar nunca, te lo advierto – suspiró Marie.

– Esperaré a que aquí, mi amiga la cerdita, crezca – contestó Jason señalando a Carolyn, que estaba comiendo con las manos—. A su lado, soy el colmo de la educación y la sofisticación.

Marie estuvo a punto de soltar la carcajada al imaginarse a la pequeña avanzando por el altar para casarse con aquel bruto. De repente, Carolyn se convirtió en ella misma y Jason, en Luke y se le quitaron las ganas de reírse.

Cómo le habría gustado que la ceremonia fuera entre dos personas locamente enamoradas y no algo frío y práctico como iba a ser...

– Puede que te parezca una pérdida de tiempo y es cierto que Carolyn come con las manos, pero está recibiendo estímulos de los que la rodeamos. Su pequeño cerebro, que se está formando todavía, recibe imágenes arquetípicas y su subconsciente las almacena. Es importante darle buen ejemplo para que se convierta en una adulta útil y funcional – dijo Luke.

Jason lo miró confundido.

– Tradúceme – le indicó a su sobrina.

– Que te cambies el tenedor de mano después de cortar.

– Entendido.

– Y que te pongas la servilleta en la pierna si no quieres que te suelte otra charla parecida.

– Muy bien.

Y lo increíble fue que Jason obedeció. Marie estaba tan asombrada que se olvidó de que se encontraba mal e incluso comió algo.

– Bébetelo – le ordenó Luke sirviéndole un vaso de leche.

Marie obedeció y Luke sonrió encantado. Se levantó y comenzó a recoger la mesa.

– Jason, tráeme lo que queda – indicó.

Luke estaba hecho todo un padrazo, pensó Marie. Sonrió soñadora y se tocó la tripa. Si fuera niño, Luke sería un ejemplo insuperable porque lo tenía todo. El niño podría llegar a ser presidente con un padre así. ¿Y quién en sus cabales quería que su hijo fuera presidente? Abogado o médico, como quería Luke que fuera Carolyn, era mejor. ¿Y si fuera niña? ¿Qué tal bailarina o princesa?

Marie se rió y tomó a Carolyn en brazos para ir a ponerle una película.

– Ya lo hago yo – dijo Luke.

Dejó a Carolyn en el salón con una producción de Disney y Jason se unió también porque, con el súper equipo de sonido, incluso los dibujos animados sonaban de maravilla.

Marie sonrió encantada. No todo estaba perdido con aquel adolescente. Carolyn se había sentado en su regazo y miraba la pantalla mientras se chupaba el dedo.

—No te asustes, enana —le dijo Jason abrazándola—. Te prometo que los ciento un cachorros van a salir de ahí sanos y salvos. Esa malvada no los va a convertir en un abrigo, ya verás.

—No te puedes imaginar qué bien se porta Jason con Carolyn —le dijo Marie a Luke una vez de vuelta en la cocina—. Cuando cree que nadie lo observa es un chico encantador.

Luke le sirvió una taza de infusión.

—Sí, si sobrevivimos a esta edad, que es la peor, todo irá bien —contestó sentándose frente a ella con un café—. Es soluble, pero si el olor te molesta lo tiro.

Aquello le llegó a Marie al corazón. Era una tontería, una taza de café, pero era lo más bonito que nadie le había dicho en muchos años. Luke DeForest era el hombre perfecto.

Sin Marie, Luke se sentía vacío. En cuanto estaba con ella, solo pensaba en tocarla. Por primera vez en su vida, se sentía víctima de las hormonas. Le daba igual que estuviera embarazada de otro. La deseaba. Mucho. Demasiado. Dio un trago apresurado al café y se quemó la lengua.

Se quedaron en silencio. Era un silencio reconfortante, nada incómodo. Solo se oía el zumbido del lavaplatos y, de vez en cuando, las luces procedentes del televisor indicaban que había dos niños cerca.

Marie hacía mucho tiempo que no se sentía tan relajada.

—¿No te gustaría poder escaparte de vez en cuando a una isla desierta? Un lugar solo tuyo donde poder descansar.

—Trabajas mucho, Marie —contestó Luke—. No paras y, ahora, con el embarazo supongo que estarás agotada.

—La verdad es que sí, lo admito —dijo levantándose para dejar la taza en el fregadero—. Cuando me separé de tu hermano, dejé de trabajar, pero, entre Jason y el abuelo, no paro.

Luke se levantó también y le masajé los hombros.

—Qué gusto.

—He estado leyendo... —comentó Luke.

Qué gusto, sí, tocarla por fin.

—Que Dios nos pille confesados —bromeó Marie—. ¿Sobre qué?

—Sobre el embarazo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué has descubierto?

—Para empezar, que el cansancio es completamente normal —contestó sin dejar de masajearle la espalda.

Marie se estremeció.

– Las náuseas, también, pero se pasan – continuó.

Sin planearlo, se encontró besándole la nuca.

– Menos mal – apuntó Marie ya no tan relajada.

El cuerpo de Luke irradiaba calor y se dio cuenta, de repente, lo cerca que lo tenía.

– ¿Y qué más decía? – preguntó en un hilo de voz.

Luke deslizó sus grandes manos hacia su escote.

– Que los pechos se vuelven más sensibles – contestó –. ¿Es cierto?

– Sí – confesó Marie.

– ¿Te hago daño, entonces?

– No – dijo Marie tomando aire –. La verdad es que, eh, me gusta.

– ¿Ah, sí? – murmuró él en tono seductor.

Marie carraspeó.

– Sí.

– ¿Y qué te parece esto? – aventuró Luke acariciándole los pezones.

Marie dio un respingo.

– Madre mía – dijo fascinada.

– ¿Bien o demasiado?

– Más – le pidió.

Luke obedeció y Marie echó la cabeza hacia atrás y la apoyó en su hombro. Qué placer. Cerró los ojos y se concentró en lo que estaba sintiendo.

– Oh, Luke, no te puedes imaginar cómo me está gustando... ¿Cómo lo haces? ¿Qué me estás haciendo? ¡Ah! No me lo puedo creer. Me parece que me voy a... ¡Para! ¡Tienes que parar!

Pero Luke estaba tan fascinado con lo que era capaz de hacer con los pulgares que no paró.

Y Marie llegó al clímax.

Sorprendido, Luke la recogió cuando bajó del séptimo cielo.

– Madre mía – comentó.

Marie estaba muerta de vergüenza.

– Eh...

Luke la interrumpió.

– No, no digas nada. No estropees este momento. Ha sido una de las cosas más bonitas que he visto en mi vida. ¡Señorita, es usted material peligroso!

Marie se sonrojó. Estupendo. Ahora Luke iba a creer que era una fresca.

– ¿Cómo te encuentras?

– Mucho mejor.

– ¿Quieres que repitamos? – sugirió sintiéndose el hombre más poderoso del mundo.

– No, gracias – contestó Marie –. Me tengo que ir. Jason tiene clase mañana.

– Ah – dijo Luke dando un paso atrás y metiéndose las manos en los bolsillos –. Había pensado llamar mañana al colegio y apuntarlo al equipo de natación.

– Ya lo hago yo.

– No, prefiero hacerlo yo.

– Muy bien. Bueno, gracias por todo.

– De nada. Mañana hablamos.

– Sí... bueno, pues adiós – dijo Marie huyendo.

Ya en la cama, Luke se quedó mirando el techo un buen rato. ¡Qué cosas más maravillosas le había deparado hasta el momento el destino! Para empezar, Carolyn, que había llenado un vacío que no sabía ni que existía en su vida y, luego, Marie, una mujer como jamás había conocido a otra.

Una mujer con carácter de santa y cuerpo de pecado.

Capítulo 10

Marie se fue a dormir aquella noche sintiéndose una extraña dentro de su propio cuerpo y se despertó al día siguiente más o menos igual. Echó de menos como nunca a una amiga. Siempre le había contado todo a su abuelo, pero aquello era imposible contárselo.

Se paseó por la casa durante un rato, agarrando un libro aquí y dejándolo allá, sentándose y levantándose.

—Esto es ridículo. Un pequeño orgasmo y me frío el cerebro —protestó—. Me voy a dar una vuelta en coche. Tengo que aclararme.

Sin darse cuenta, llegó a la residencia en la que estaba su abuelo y, al entrar en su habitación, vio que estaba Betty.

Al verla, la tía de Luke apartó la mano de la de Ray y se sonrojó. ¡Y su abuelo, también! ¿La gente de esa edad se sonrojaba? Marie sacudió la cabeza sorprendida. Aquello no hacía más que confundirla más.

—Lo siento. No quería interrumpir.

—No digas tonterías...

—No nos has interrumpido...

—Ya volveré más tarde, cuando...

—Ven aquí, Marie —le dijo Ray recobrando la fuerza—. ¿Te sorprende que no esté muerto de cintura para abajo? He amado a dos mujeres en mi vida con todo mi ser y espero ser capaz de hacerlo con una tercera antes de abandonar este mundo.

—Nunca he pensado que...

—Claro que sí, como todos. Solemos pensar que nuestros padres y abuelos son eunucos o algo parecido. En lo más hondo de nuestro ser tenemos el secreto convencimiento de que somos adoptados o de que nuestros progenitores se acostaron una sola vez, en la más absoluta oscuridad, con los ojos cerrados y solo para concebirnos.

Aquello hizo reír a Marie. Aquel era su abuelo, irrespetuoso y sincero.

—Abuelo, no deberías hablar así delante de mí.

—¿Bromeas? Pero si eres una mujer casada. Seguro que sabes más que yo.

—Yo me tengo que ir —anunció Betty saliendo de la habitación.

Marie se sentó junto a su abuelo.

—¿Qué pasa entre vosotros?

—Nada... todavía —contestó Ray.

—Eres incorregible, abuelo.

—Efectivamente —rió el anciano.

– ¿Qué ha ocurrido desde ayer que has vuelto a ser el de siempre?

– Que me he dado cuenta de que mi vida no se ha acabado, que he decidido dejar de tenerme lástima. Nunca volveré a ser el que era hace quince o veinte años, pero Betty me ha ido convenciendo, sin ella saberlo, de que merecía la pena apostar por el futuro. Tu hombre y tú también habéis puesto vuestro granito de arena y anoche me llamó Jason.

– ¿Ah, sí? – preguntó Marie sorprendida.

– Me llama casi todas las noches, pero me parece que no quiere que lo sepa nadie.

– ¿Por qué?

– No digo que no me duela que no venga a verme, pero intento entenderlo. Admitir que me quiere va contra su etapa actual de adolescente. Hemos hablado mucho por teléfono, sin embargo, y me ha dicho por ejemplo que se va a apuntar al equipo de natación. Se lo dijo tu hombre, por lo visto.

– ¿De verdad?

– Sí. A mí me parece una idea excelente. ¿Sabes una cosa?

– Dime.

– Me di cuenta cuando me dijo que iba a tener que ponerme bien para poder ir a verlo competir. Así, de repente, aunque suene tonto, me di cuenta de que todavía tenía por delante unos años.

– Claro que sí – dijo Marie –. Muchos.

– Eso espero. Estoy decidido a volver a casa y a aprovechar el tiempo.

– Me parece estupendo – apuntó Marie emocionada.

– No sé si vas a seguir pensando lo mismo cuando te cuente lo que quiero hacer. A ver, apunta, que quiero que me compres unas cosas...

Minutos después, Marie abandonaba la residencia anonadada. Su abuelo iba a cortejar a Betty. Quería flores, bombones y una cesta de picnic con todo tipo de delicias. Marie le había sugerido que, ya que no podía salir de la habitación, aprovechara esa circunstancia para hacer como que Betty y él estaban en una isla desierta, así que también tenía que comprar una palmera de papel para ambientar.

Su abuelo era un romántico y ella no se había dado cuenta nunca. Desde luego, qué ceguera.

Las siguientes semanas pasaron volando. Luke le regaló un anillo con esmeraldas y amatistas, sus piedras favoritas, y Marie lloró de emoción.

A Ray le dieron el alta y lo instalaron en casa de Luke. Marie y Jason también se mudaron allí y ayudaron a Ray a recuperarse. Betty era como si viviera con ellos porque iba continuamente a verlo.

Marie los observaba agarrados de la mano y sabía que se besaban en cuanto creían que nadie los veía.

Jason volvió al equipo de natación. No era el mejor ni mucho menos, pero fue una experiencia estupenda para su carácter. De repente, no era tan inaguantable. Además empezó a salir con chicos y chicas del equipo. Aquello era importante.

Marie se quedaba cuidando a Carolyn porque Luke había vuelto a trabajar. En cuanto llegaba el fin de semana, Luke no se separaba de su hija y juntos solían preparar la cena para todos.

Marie se sorprendió encontrándose innecesaria y aquello no le gustó. Se consoló pensando que, ya que los demás parecían no necesitarla para nada, su hijo sí la necesitaría.

Se encontraba mejor del estómago, pero siempre dormía con un par de galletas saladas en la mesilla de noche. Y dormía sola porque Luke no había vuelto a acercársele. Le había regalado el anillo, pero no habían hablado de la fecha de la boda. ¿Habría cambiado de opinión? No se sentía con fuerzas para hablarlo con él.

Por las tardes solían salir los tres a pasear. A Carolyn, Luke la llevaba agarrada de la mano y a ella del brazo. En los momentos en los que menos se lo esperaba, llegaba y le masajeaba los hombros. No parecía un acercamiento sexual, pero Marie no sabía qué era. El episodio de la cocina no se había repetido desgraciadamente. Había sido lo más intenso que había sentido en su vida.

Había intentado revivirlo ella sola.

No había sido lo mismo sin Luke.

Las manos de él eran el ingrediente indispensable, pero... ¿la deseaba o no?

Un día no pudo más y, mientras hacía galletas, tomó la decisión de irse cuando su abuelo y Jason lo hicieran. ¿Luke no la necesitaba? Muy bien, pues ella a él, tampoco. ¿No la deseaba? Pues ella a él... sí, pero tendría que vivir sin su cuerpo.

Como, por lo visto, su abuelo y Jason tampoco la necesitaban, decidió alquilar un apartamento y ponerse a trabajar. Primero, por supuesto, encontrar una buena guardería para Carolyn, a la que más tarde pudiera ir también su hijo.

Aquel día, Luke se había quedado trabajando en casa. Cuando olió las galletas, salió de su despacho y fue a la cocina.

—¿Qué tal, preciosa? —la saludó comiéndose una galleta todavía caliente.

Marie le sirvió un vaso de leche fría.

—Gracias.

—De nada.

—Qué buenas están —comentó Luke al cabo de unos segundos.

—Gracias.

—¿Qué te pasa? —preguntó viendo que ella no comía ni bebía nada.

—Nada.

– Ya, claro. ¿Qué ha hecho Jason esta vez?

– Nada, nada, Jason está como la seda.

– Entonces, ¿es tu abuelo?

En las últimas semanas, Luke había aprendido a conocer a Marie y no estaba dispuesto a darse por vencido. Sabía que algo la preocupaba.

– Dice que quiere volverse a casa – admitió Marie.

– Bueno, ya sabíamos que esto ocurriría, ¿no? No será que sigues preocupada por Betty y por él, ¿verdad?

– Crees que estoy celosa, ¿no? Pues no es así en absoluto. Al contrario, me alegro mucho por ellos. Todo el mundo debería tener pareja.

– Efectivamente – dijo Luke estudiándola –. ¿Y?

– Y que Jason se va con él – contestó Marie cada vez más nerviosa. Luke asintió.

– Normal. Podríamos decirle que se quedara con nosotros, pero lo normal es que prefiera irse con su padre.

– ¿No te importaría que se quedara aquí?

Luke se encogió de hombros.

– La música que pone no es tan mala, se porta bien con Carolyn y, además, creo que Ray y Betty están planteándose seriamente casarse y, seguramente, les gustaría estar un tiempo solos. De todas formas, no creo que Jason quiera quedarse.

Ya estaba. Lo que temía. Luke no se quería casar con ella. Ray quería tiempo para estar a solas con su esposa, pero él, no, ¿verdad? Estaba más claro que el agua.

– Cuando ellos se vayan, yo también me iré, Luke – le dijo tras tomar aire.

– ¿Qué?

Marie se giró y miró por la ventana.

– Te ayudaré a encontrar una guardería primero y, después, me buscaré un apartamento.

– De eso nada.

Marie se giró hacia él.

– No te preocupes por mí. Tengo algo de dinero.

– No – insistió Luke.

– Te libero de tu responsabilidad, Lancelot – dijo Marie con una sonrisa trémula –. No tienes que hacer el último sacrificio. Ya has hecho bastante. Mi abuelo y Jason están mejor que nunca y mi vida parece encauzada. Eres libre.

Luke se quedó mirándola unos segundos, se giró y se fue a su despacho.

– Maldita mujer – dijo paseándose por la estancia –. ¿Se cree que puede entrar y salir de mi vida a su antojo? ¿Se cree que me puede utilizar para organizar su vida y, luego, irse? No, claro que no. Se queda.

¿Cómo había ocurrido aquello? No podía ser. ¡Pero si le había dicho que se casaría con él! Resolvió hacerla quedarse como fuera. Aquello era como un incumplimiento de contrato, ¿no? ¿Podría hablar con un abogado?

Se sentó en su mesa y comenzó a tirar lápices como si fueran dardos a la fotografía de Marie y Carolyn leyendo en la mecedora de su abuela. Ella no sabía que la había ampliado y enmarcado porque estaba detrás de la puerta y, cuando entraba en el despacho, no la veía.

– ¡Blanco! – exclamó cuando un lápiz atravesó el corazón de Marie en la imagen –. ¿Cómo se atreve a apoderarse de mi corazón y a hacérmelo trizas?

Se levantó y se puso a mirar por la ventana para intentar calmarse. Tras una tarde de perros, decidió hablar con Marie después de la competición de Jason de aquella noche.

– ¡A ver si para entonces se ha dado cuenta de que me necesita, demonios!

En la cena, Ray, Betty y Jason comieron encantados los espaguetis que había preparado Marie, pero Luke y ella ni los probaron. Después fueron todos juntos a la piscina.

Nada más comenzar la competición, Luke se puso como un loco. Se levantaba y chillaba, increpaba a los árbitros.

– Siéntate, por favor – le dijo Marie al cabo de un rato.

– Pero, ¿tú has visto eso? Ese chaval no sabe nadar a mariposa.

– Luke, por favor, que sus padres te pueden oír y se pueden sentir mal.

– ¿Ah, sí?

– Claro, no los hagas sufrir.

– Perdona, preciosa, pero aquí la única que hace sufrir a los demás eres tú – le espetó.

– ¿Cómo?

– Pero, ¿qué hace ese? ¿Dónde está el árbitro? Ese chico acaba de dar una vuelta ilegal. Voy a tener que bajar a decírselo.

– Ni se te ocurra – dijo Marie agarrándolo del brazo por si acaso –. Como no te calles, me parece que te van a tirar al agua entre unos cuantos que se están cansando de ti – le advirtió.

Al cabo de un rato, el colegio de Jason iba perdiendo por mucho y Marie se sorprendió mordiéndose las uñas. Le tocaba a Jason. Se subió al trampolín. Su colegio iba el segundo. Todo dependía de él.

Los dos competidores entraron en el agua a la vez.

– No puedo mirar, no puedo mirar – dijo Marie cerrando los ojos.

Todo el mundo se puso en pie para ver la final. Ray, Betty y Luke gritaban como locos.

– ¡Vamos, Jason, vamos! – gritó Luke.

– ¡Venga, hijo! ¡Tú puedes! – lo animó Ray.

– ¡Sí, sí, sí! – dijo Carolyn.

– ¡Está ganando! ¡Lo está consiguiendo! – apuntó Luke—. Sí, eso es. ¡Lleva medio cuerpo de ventaja!

Marie no pudo quedarse sentada y con los ojos cerrados por más tiempo. Se levantó y se puso a gritar como los demás.

– Se está cansando – anunció Luke—. La respiración, no lleva bien la respiración. Me parece que ha tragado agua – añadió con solemnidad—. ¡Vamos, Jason! – le gritó.

Jason debió de oírlo porque sacó fuerzas y no dejó que el otro chico lo adelantara. Ganó por una décima de segundo y los presentes se volvieron locos. Especialmente las chicas del equipo, que corrieron hacia él y lo colmaron de besos.

Su familia se sentó y suspiró aliviada.

– ¿Habéis visto eso? – dijo Ray—. ¿Habéis visto eso? ¡Qué bien lo ha hecho!

– Increíble – dijo Luke exhausto de gritar—. Han ganado gracias a él. Jason es un héroe.

A Marie le dolía la cara de sonreír y se le saltaban las lágrimas de emoción. Sin pensarlo, se abalanzó al cuello de Luke y lo abrazó hasta casi ahogarlo.

– ¡Es maravilloso!

Fueron a esperar a Jason a la puerta del vestuario. Mientras esperaban, Marie se dio cuenta de que, gracias a Luke, su tío había retomado el buen camino.

Jason salió sonriendo encantado y Marie se vio de pronto como una gran familia. Era una pena que no les quedara mucho tiempo así, pero...

No había otro remedio. Tenía que irse.

Ray se ofreció a invitarlos a cenar para celebrarlo, pero Jason les dijo que se iba con el equipo. Marie abrió la boca para protestar, pero Luke intervino.

– Es normal – le dijo—. Déjalo ir.

Cuatro horas después, Luke estaba sentado en la habitación de Ray contándole cómo su nieta lo ignoraba.

– Me evita – se quejó—. No quiere ni hablarlo.

– ¿Hablarlo? – dijo Ray apartando el libro que estaba leyendo—. ¿Hablar qué?

– ¿No te lo ha dicho? Tu nieta, que es una cabezota, se niega de repente a casarse conmigo. Dice que, cuando Jason y tú os vayáis, ella va a alquilar un apartamento.

– La entiendo.

– Ha perdido el norte y... ¿qué has dicho?

– Luke, las mujeres no son como los hombres –le explicó Ray–. No piensan como nosotros.

– Vaya, qué descubrimiento.

– A las mujeres hay que cortejarlas. Les gusta saberse queridas, así que hay que dedicarles tiempo.

– Qué tontería.

– No, no lo es.

Luke se metió las manos en los bolsillos y se paseó por la habitación.

– No creas que no me he dado cuenta de que tú lo haces con mi tía – comentó –. A Marie no le dio tiempo el otro día de ir a comprarte «*Romeo y Julieta*» y fui yo.

– ¿Y no has entendido la indirecta? ¿No te das cuenta de que ella espera que hagas lo mismo que yo hago con Betty?

Luke se paró en seco y miró a Ray.

– No creo que le impresionara.

– ¿No?

– Marie tuvo una mala experiencia porque se casó con un hombre que solo la deseaba físicamente y que se casó con ella únicamente para poseerla.

– Efectivamente.

– El mero hecho de ser el hermano de Wade ya me resta puntos, pero me he esmerado en demostrarle que conmigo tendría estabilidad, seguridad y fiabilidad.

– Pareces un anuncio de algún fondo de inversión.

– Ray, estoy hablando en serio.

– Eso es lo triste.

– ¡Estoy intentando darle lo que necesita!

– ¡Lo que necesita saber es que la quieres! Mira, te voy a dar una receta para preparar pintura de chocolate. Os va a encantar...

Luke salió del dormitorio de Ray convencido de que el anciano se equivocaba, pero fue directamente a la cocina a ver si había chocolate.

Allí se encontró de bruces con Marie. Estaba sentada en la mesa tomándose, precisamente, una taza de chocolate caliente.

– Hola –la saludó.

– Hola –contestó ella abatida.

– ¿Qué tal? –le preguntó sintiendo una punzada en la ingle.

– Bien. ¿Quieres algo? ¿Una taza de chocolate?

Aquella palabra evocaba en su mente imágenes que hicieron que su ingle comenzara a sufrir de verdad. Todo era culpa de Marie, así que se sentó decidido a pedirle explicaciones.

—Lo que quiero es saber exactamente qué está pasando en el cerebro de chorlito que tienes.

—¿Perdón? —parpadeó Marie.

—Ya me has oído.

—Luke, ¿has bebido?

—No, pero no es mala idea. Tu abuelo me ha dicho que yo tengo la culpa de que me dejes, de que no te quieras casar conmigo. Le he dicho que eso es ridículo, pero insiste en que si te regalo flores y te pinto... de pies a cabeza con chocolate, te quedarías. Te lo voy a preguntar directamente. ¿Es cierto? ¿Te quedarías si lo hiciera?

Marie se sonrojó.

—¿Lo harías?

—Creo que sí... si me lo pidieras, sí lo haría.

—¿Por piedad? Luke, no soy un proyecto de desarrollo solidario ni nada por el estilo. Me niego a serlo. No soy la última misión que Luke DeForest se carga sobre sus anchas espaldas.

—¿Tengo espaldas anchas? —preguntó orgulloso.

—¡Cómo si no lo supieras!

—Bueno, ya hablaremos de eso más tarde.

—No, de eso nada.

—No te entiendo —se quejó Luke—. No entiendo a las mujeres. ¿Dónde demonios tenéis la libido cuando se necesita? ¿No lo comprendes? —dijo acercándose a ella—. Te lo voy a decir muy clarito. Wade y tú os casasteis porque os deseabais. Ya está. El fuego se os fue de las manos y te quemaste. ¿No has aprendido nada de aquello?

—Sí, que Wade y yo no estábamos hechos para estar juntos.

—Muy bien, pero, ¿qué tal si lo extrapolas? La respuesta es que las relaciones basadas en el sexo no funcionan. Lo sé.

—No creo que lo sepas —lo contradijo Marie.

Luke dejó escapar un suspiro de exasperación.

—¿Te crees que a mí no me gustaría que una mujer me persiguiera porque se muere por mi cuerpo?

Marie decidió arriesgarse.

—Yo me muero por tu cuerpo.

—Y yo por el tuyo. Cuando pienso en cubrirte de chocolate y quitártelo con la lengua, me deshago, Marie. ¿Sabes a qué he venido a la cocina? A ver si quedaba

alguna bolsa de chocolate en polvo y si no venía pensando en utilizar helado o miel. Tampoco estaría mal, ¿no?

Se quedaron mirándose a los ojos.

—¿Tú también te mueres por mi cuerpo? —preguntó Marie.

—Sí —admitió Luke—, pero me niego a elegir a la mujer con la que voy a pasar el resto de mi vida basándome en una respuesta tan primitiva. Tiene que haber más cosas. Responsabilidad, respeto...

—Amor, comprensión... —añadió Marie.

—Yo te quiero y quiero compartirlo todo contigo —le aseguró Luke.

—Yo, también.

—Me has ayudado mucho con Carolyn —admitió.

—Y sexo —concluyó Marie—. Cuando un hombre y una mujer tienen todo lo que acabamos de decir, el sexo es igual de importante. Es un ingrediente esencial del amor.

Luke se quedó mirándola sin decir nada.

—Ahora eres tú el que no me comprende. Te estoy dando la razón, Luke. Las relaciones basadas única y exclusivamente en el sexo no funcionan, pero tampoco funcionan las que se basan solo en la responsabilidad y el respeto. Yo no quiero ser tu responsabilidad, te lo vuelvo a decir.

—¿Qué quieres ser?

—Quiero ser tu pareja —contestó Marie—. Con todos los matices y posibilidades de la palabra. Luke, te quiero y no quiero irme, pero lo haré si me veo forzada a ello.

Luke le tomó la mano. Marie lo quería. ¿No era lo más maravilloso del mundo? Era perfecto. Podrían acostarse y cuidarse, las dos cosas. Increíble.

—Marie...

—Hola a todos. Ya estoy en casa.

Marie y Luke suspiraron al unísono.

—Hola, Jason —saludaron.

Jason se paró y los miró.

—¿Qué?

—Nada —contestó Luke levantándose—. Simplemente que Marie y yo nos vamos a casar.

—Eso ya lo sabía —apuntó Jason—. Me lo habíais dicho hace tiempo. Estás muerto, tío —sonrió.

—Sí, pero moriré feliz —contestó Luke agarrando las llaves del coche—. Supongo que mañana tendrás que madrugar, ¿no? Vete a la cama, anda.

–Sí –contestó Jason.

–Marie, a ver si encuentras el chocolate mientras estoy fuera.

–¿Vas a ponerte ahora a hacer galletas? –preguntó el chico.

–Puede –sonrió Marie—. Ya veremos –añadió sintiendo que los pezones le atravesaban la blusa.

–Buenas noches, Jason –insistió Luke—. Marie, vuelvo en cuanto compre... el resto de los ingredientes.

Marie se dio un baño de espuma con gel de vainilla. Cuando Luke entró en su dormitorio lo hizo con montones de flores y las dejó por el suelo y sobre la cama. La habitación parecía un jardín.

–¿Te vas a casar conmigo al final? –le preguntó Luke un rato después.

–No lo sé –contestó Marie—. ¿Por qué no me convences un poco más? –bromeó—. ¡Claro que sí, tonto! ¡Te quiero mucho!

Luke sabía que Marie no se molestaría porque él no le dijera lo mismo, pero quería hacerlo. Ella se lo merecía.

–Marie, yo también te quiero. Creo que desde hace mucho tiempo. Por eso no venía a veros. Estaba celoso y asustado de lo que sentía porque yo, que siempre he sido un hombre que tenía todo controlado, había perdido el control sobre una parte muy importante de mi cuerpo.

–¿Qué parte? –preguntó Luke mirándolo a los ojos.

–El corazón –contestó Luke besándola con fruición hasta quedarse sin aire en los pulmones—. ¿Queda miel?

Fin